Los Cristianos pueden poseer demonios, pero NO pueden ser poseídos por ellos

Un estudio bíblico profundo sobre la presencia y operación de los demonios en la vida de los creyentes en Cristo

NORMAN PARISH

Los Cristianos
pueden poseer demonios, pero
NO pueden ser poseídos
por ellos

Un estudio bíblico profundo sobre la presencia y operación de los demonios en la vida de los creyentes en Cristo

NORMAN PARISH

CONTENIDO

PROLOGO

Inicio en el Ministerio de Liberación

En agosto de 1963 fuimos introducidos súbita e inesperadamente al ministerio de liberación. Estábamos celebrando un pequeño retiro pastoral en un campamento rústico situado al occidente de la Ciudad de Guatemala. Desde la primera noche, la presencia del Señor se hizo palpable, quebrantando a los siervos de Dios y preparándolos para la bendición que Él les deseaba impartir. Durante los siguientes días, la mayoría de los pastores u obreros presentes fueron bautizados con el Espíritu Santo, según lo enseña Hechos 1:4,5 y 2:4.

Al tercer día del retiro, tuvimos que enfrentar nuestro primer caso de posesión demoniaca. Sin ser invitadas, cinco mujeres habían llegado esa mañana al campamento para escuchar alguno de los estudios bíblicos que se estaban impartiendo. A medio estudio, una de ellas, una muchacha recién convertida de unos 20 años de edad (hija, según lo descubrimos más tarde, de una curandero o brujo), comenzó a manifestar demonios violentamente. A todos “se nos heló la sangre”, pues nunca antes habíamos presenciado un despliegue tan impresionante del poder del diablo.

La hermana que en ese momento estaba compartiendo la Palabra, una conocida misionera en México, era la única persona presente que había tenido experiencia (aunque limitada) en tratar con casos semejantes. Naturalmente, el estudio bíblico se suspendió para dar paso a un período de intensa lucha espiritual que duró 72 horas ininterrumpidas, y al cabo del cual la muchacha quedó liberada. Para asombro nuestro, varios pastores también comenzaron a manifestar síntomas de una fuerte opresión y tuvieron que ser inmediatamente ministrados. Siendo de trasfondo bautista, todo esto nos tomó de sorpresa.

Durante mis tres años de estudios ministeriales y teológicos en un colegio bíblico de corte fundamentalista en la costa del Pacífico de los EE.UU., no había recibido ni un solo curso sobre demonología. Ese tema - como muchos otros, tales como el bautismo en el Espíritu Santo, los dones, los milagros, etc. - era considerado tabú. Recuerdo que por mis manos habían pasado dos libros que leí más por curiosidad que por un sincero interés de aprender: Posesión Demoniaca, escrito por un misionero en China de apellido Nevius, y Guerra contra los Santos, un clásico sobre la guerra espiritual escrito por Jessie Penn-Lewis. Esa era toda mi preparación para enfrentar la avalancha de casos de infección demoniaca que se nos venía encima.

Al terminar el retiro pastoral, las reuniones se trasladaron a la iglesia central de la misión en la ciudad capital de Guatemala. Allí el Espíritu Santo se comenzó a derramar poderosamente. El testimonio de la muchacha endemoniada, ahora liberada, causó revuelo y estupor. Durante el primer llamamiento al altar, varios jóvenes y señoritas de la congregación manifestaron demonios, pues habían estado involucrados (sin nosotros sospecharlo) en el ocultismo, la inmoralidad sexual o las drogas. Esa misma noche muchas personas fueron ungidas y dotadas de preciosos dones espirituales que comenzaron a usar, aunque con mucha vacilación, para la edificación del pueblo de Dios. Este fue realmente el inicio del ministerio de liberación en Guatemala y quizás en toda Centroamérica.

En los siguientes meses, cientos de personas de todos los ámbitos de la República llegaron en busca de liberación y sanidad. La mayoría eran miembros y líderes de iglesias de muchas diferentes denominaciones. Al regresar a sus congregaciones testificando de su liberación, se levantó una ola de rechazo y persecución en contra de nosotros de parte de los pastores que no conocían ni entendían este ministerio. Se nos acusó de estar practicando un “espiritismo refinado”, pues a veces los demonios se manifestaban asumiendo los nombres de difuntos, incluyendo santos del santoral católico.

La batalla se tornó extenuante, pues por falta de experiencia dedicábamos noches enteras a combatir y expulsar los demonios. Con el paso de los meses, Dios nos dio sabiduría y pudimos organizarnos mejor para atender esta invasión de personas que estaban seriamente afectadas física, mental, moral y espiritualmente por demonios y maleficios. Por las puertas de esa iglesia desfilaron miles de hombres y mujeres contaminados de espíritus malos, que en su gran mayoría profesaban ser cristianos. Aunque la lucha fue (y sigue siendo!) intensísima - y como consecuencia de ella sufrimos contraataques aterradores del enemigo - no desmayamos ni claudicamos como algunos, desafortunadamente, lo han hecho.

Desde Guatemala el ministerio de liberación se difundió lentamente a otros países del Continente Americano. De nuestra iglesia se propagó a muchas otras iglesias y denominaciones que de una forma u otra lo están practicando hoy para beneficio de la humanidad. A través de los años hemos sido invitados a celebrar con éxito seminarios de liberación y guerra espiritual en muchas naciones. Nos regocija ver cuántas personas han manifestado el deseo de conocer y practicar este difícil ministerio que es tan necesario y útil para el pueblo del Señor. En los últimos años algunas iglesias y misiones que antes lo rechazaban y combatían han comenzado poco a poco a incorporarlo en su plan de enseñanza y trabajo.

Espero que ustedes también, al leer este libro, se sientan animados a experimentar *“la libertad gloriosa de los hijos de Dios”* (Romanos 8:21) que Jesucristo les ofrece (Juan 8:36; Gálatas 5:1), y luego administrarlo a otros del pueblo de Dios que sufren y lloran bajo un pesado yugo de Satanás.

INTRODUCCION

Cuando nos proponemos estudias ciertas doctrinas bíblicas, descubrimos que con frecuencia hay un punto crucial que tiende a dividir al pueblo cristiano en dos bandos irreconciliables. Lo extraño, especialmente para creyentes que tienen poca aptitud teológica es que los contrincantes encuentran en una misma Biblia textos que "incuestionablemente" apoyan sus posturas tan discrepantes. Los partidarios de estas posiciones extremas tienden a establecer una premisa y luego van a la Palabra de Dios para buscar algunos versículos que parezcan apoyarla.

Por ejemplo, en relación a la doctrina de la salvación hay algunos ministros que proclaman con vehemencia que la salvación "es sólo por gracias por fe en Jesucristo", mientras otros enseñan con igual insistencia que la salvación es por fe más obras meritorias, tales como: la circuncisión, el cumplimiento de la ley mosaica, la observancia del sábado, el bautismo en agua conforme a cierta fórmula, el diezmo, los sacramentos, etc.

Ciertos teólogos sostienen que la salvación no se puede perder bajo ninguna circunstancia (los Calvinistas: "una vez salvos, siempre salvos"), mientras otros afirma que la salvación sí se puede perder cuando el creyente le da las espaldas deliberadamente a Dios y con pleno uso de la razón vuelve al pecado y al mundo (los Arminianos)

En cuanto a la doctrina del Espíritu Santo, hay quienes enseñan que después de la salvación hay que tener otra experiencia con Dios llamada el bautismo <u>en</u> o <u>con</u> el Espíritu Santo, que según ellos es evidenciada por la habilidad sobrenatural de "hablar en otras lenguas". Casi todos los pentecostales y muchos otros carismáticos aseveran esto. En cambio hay otros, en su mayoría evangélicos conservadores, que proclaman que cuando uno se convierte en el mismo momento que recibe todo lo que Dios le ofrece en Cristo y que no hay que buscar ni pedir una experiencia espiritual adicional que lo capacite para vivir en victoria.

Hay cristianos respetables que creen firmemente que hoy podemos tener los dones del Espíritu Santo (descritos en 1 Corintios capítulos 12 y 14) en plena operación en nuestras vidas e iglesias, ya que esos dones fueron dados por Jesucristo para edificación de Su iglesia durante toda esta dispensación de la gracia (1 Corintios 1:5-8). A diferencia de ellos, hay otros cristianos, igualmente dignos de respeto, que aseguran que la operación de los dones del Espíritu cesó al concluir la era apostólica a fines del siglo IV cuando el canon sagrado (la Biblia) fue cerrado (1 Corintios 13:9-10).

De la misma manera, cuando consideramos el ministerio de liberación, descubrimos que por ser hoy en día un tema candente y controversial, tiende a polarizar y, lamentablemente, a dividir al Cuerpo de Cristo. La polémica gira alrededor de la idea de que si un creyente, que ha nacido de nuevo por obra y gracia del Espíritu Santo, puede "tener" demonios. Iglesias - tanto denominacionales como independientes, fundamentalistas como pentecostales - han tomado posiciones extremas, unos en contra de la idea de que los creyentes regenerados puedan "tener" demonios y otros a favor.

La gran mayoría de los teólogos conservadores y aun pentecostales afirman categóricamente que un verdadero creyente, por ser el templo de Dios, **NO** puede "tener" demonios, porque es imposible que el Espíritu Santo cohabite con espíritus inmundos en un mismo cuerpo. Otros, que constituyen una estimable minoría, conceden que un creyente **SI** puede poseer demonios, pero que no puede ser poseído por ellos.

Los que enseñan que un creyente en Cristo **NO** puede "tener" demonios, afirman que todos los demonios salen en el instante que la persona recibe a Cristo en su corazón. Ojalá esto fuera cierto, porque en el momento mismo de la conversión todos los problemas del hombre causados por la presencia de espíritus malos (tales como opresiones, vicios, fobias, ciertas enfermedades extrañas, etc.) quedarían resueltos. Sin embargo, la experiencia nos enseña que muchos creyentes aun después de su encuentro personal con Cristo siguen enfrentando serios problemas

físicos, morales, emocionales, mentales y espirituales que no tienen solución humana. Sólo experimentando a plenitud la obra de Cristo en la cruz, aplicada por el Espíritu Santo en respuesta a la fe, es que el redimido puede ser liberados y restaurado, usualmente en forma gradual y progresiva.

Para determinar si los demonios pueden o no pueden habitar y operar en la vida del creyente hay que ir directamente a la Palabra de Dios. Nuestra experiencia, por vasta o atinada que sea, no puede servir como base para establecer una postura doctrinal, especialmente cuando abordamos un tema tan delicado y complicado como éste. La Palabra dice en Isaías 8:20: *"¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido."* Pablo también afirma en 1 Corintios 4:6: *"Para que en nosotros aprendáis a no saber más de lo que está escrito."* Por tanto, tenemos que ceñirnos estrictamente a las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, sin torcerlas o exagerarlas, para que a la postre podamos definir si en verdad el creyente hoy en día puede ser invadido o no en ciertas áreas de su vida personal por espíritus inmundos. Cuando se les piden pruebas bíblicas a los que adversan la idea de que el creyente pueda "tener" demonios, producen pocas y no muy convincentes.

Hace 30 años más o menos encontré en una prestigiosa revista publicada en inglés llamada "Christian Life" (Vida Cristiana) una columna de preguntas y respuestas escritas por un famoso educador, presidente en aquel entonces de una acreditada universidad cristiana llamada Wheaton College. Un lector de la revista había enviado a preguntar si un cristiano podía "tener demonios", a lo cual él respondió más o menos en estos términos: En base a la experiencia - sí! En base a la Palabra - no!

El escritor relató que durante los años que había servido como misionero evangélico en el Ecuador había tenido que enfrentar algunos casos de influencia o posesión demoníaca en personas que afirmaban ser cristianas. Seguramente para él, como representante de la rama más conservadora de la iglesia evangélica, había sido desconcertante tener que ministrar liberación a personas que formaban parte del Cuerpo de

Cristo, ya que eso iba en abierta contradicción a las creencias sustentadas al presente por la mayoría de los líderes cristianos de que es imposible que un cristiano regenerado "tenga" demonios.

Cuando leí este artículo me propuse estudiar a fondo las Escrituras por ver si había alguna evidencia bíblica de que un cristiano sí podía estar afectado en su ser interior por espíritus inmundos. Ya para entonces había tenido vasta experiencia tratando con casos de personas endemoniadas, y aun hechizadas, pero necesitaba sólidas bases bíblicas sobre las cuales pudiera edificar un ministerio tan difícil pero tan necesario en estos fines de los tiempos, como es el ministerio de liberación.

Durante varios meses me dediqué a estudiar a profundidad el tema, tanto en el Antiguo como Nuevo Testamento, con la idea de descartar el ministerio de liberación por completo si no podía probar por las Escrituras que un cristiano pudiera ser invadido o infectado por demonios. Al final de este período de estudio intensivo llegué a la conclusión de que la Biblia SI enseña que un verdadero creyente puede "tener" demonios. En este libro - escrito principalmente para beneficio de los cristianos comunes y corrientes y no tanto para los teólogos - presento los casos y textos bíblicos que, estudiados en conjunto, prueban a mi criterio que un creyente, lavado en la sangre de Cristo, y regenerado por el poder del Espíritu Santo, puede ser opresionado desde adentro por espíritus malos.

Como preparación para el estudio de los pasajes bíblicos específicos que prueban que un creyente verdadero puede estar contaminado, plagado o infestado por espíritus demoníacos, creo que debemos definir por los menos dos palabras que se usan constantemente en círculos donde se practica seriamente el ministerio de liberación, y esas palabras son: liberación y endemoniado.

La palabra **"liberación"** es un derivado del verbo liberar, que según el diccionario significa: soltar, desatar, poner en libertad, dejar ir libre, rescatar, emancipar y redimir. Liberación, es por tanto, la acción instantánea o progresiva de desatar, liberar, emancipar, etc. Aplicando

ésto a la vida cristiana, liberación es el acto o proceso por medio del cual un ser humano es libertado de la opresión o cautividad del diablo por medio del poder del Espíritu Santo (Mateo 12:28).

Cuando Cristo ministró en un día sábado a la mujer encorvada (Lucas 13:10-17), rebatió las críticas de sus más enconados adversarios diciendo que Satanás la había tenido atada durante dieciocho años y que, por tanto, convenía desatarla de esa "ligadura", identificando así la causa de su deplorable condición. El pollino que Jesús iba a montar en Su entrada triunfal a Jerusalem se encontraba atado en las afueras de la ciudad (Lucas 19:28-38) y fue preciso "desatarlo" antes de que Jesús lo pudiera usar como medio de transporte. Lázaro, al volver a la vida, tenía *"atadas las manos y los pies"* por lo cual fue necesario que Jesús ordenara: *"Desatadle, y dejadle ir"* (Juan 11:44). De la misma manera, muchas personas que hoy reciben la vida eterna en Cristo Jesús están "atadas" por maldiciones ancestrales, enfermedades crónicas e incurables, pasiones desordenadas, hábitos y vicios destructivos, etc. en su mayoría de origen satánico, y por lo tanto necesitan ser liberadas antes que Dios las pueda usar con efectividad.

Es importante no confundir la liberación con el exorcismo, una práctica de origen espiritualista que los hechiceros, curanderos y otras personas envueltas en las ciencias ocultas utilizan en un vano intento por expulsar demonios (Mateo 12:26). Por medio de conjuros, zahumerios, pases de mano, baños, "limpias" o "barridas", etc. los exorcistas logran únicamente "aplacar" o "transferir" los demonios, pero nunca expelerlos. Esta práctica también ha sido adoptada por algunas iglesias tradicionalistas (como la católica y otras similares) que usando de rezos, fórmulas, crucifijos, agua bendita, aceite santificado, etc. tratan de sujetar y arrojar los espíritus malignos que atormentan a algunos de sus feligreses.

La otra palabra que es necesario clarificar es "endemoniado", que según los diccionarios seculares significa: poseído del demonio, endiablado, energúmeno, poseso, loco, etc. En cambio, según las Escrituras un endemoniado es estrictamente una persona que "tiene demonios", un

demoníaco. Según la versión antigua, el gadareno estaba endemoniado porque *“tenía demonios de mucho tiempo”* (Lucas 8:27, 36). Los enemigos de Jesucristo lo acusaron varias veces de estar *“endemoniado”* o de *“tener demonios”.* (Juan 10:20,21; 7:20; 8:48,52), que según la Biblia es la misma cosa. En conclusión, estar endemoniado significa simple y sencillamente “tener demonios”, sin determinar el grado de posesión que éstos han alcanzado. Es recomendable no usar la palabra endemoniado al referirse a un hermano en Cristo que esté afectado u oprimido de demonios, debido a que en la mente popular endemoniado significa ser un poseído o un maniático.

Hago la salvedad de que después de más de 45 años de estudio de las Sagradas Escrituras todavía prefiero la versión antigua de Cipriano de Valera, pues considero que es la más fiel a los manuscritos originales. Los traductores de esta versión no estaban influenciados por corrientes teológicas modernas, tales como el liberalismo o la neo-ortodoxia, que son tan propensas a diluir el significado de las Escrituras. Justo es reconocer, sin embargo, que algunas versiones recientes ayudan a aclarar algunos conceptos bíblicos difíciles de entender debido a los cambios que han ocurrido al paso de los años en el significado de ciertas palabras del idioma castellano. Cuando lo considere necesario o beneficioso, haré referencia a estas nuevas traducciones.

Sugiero que antes de leer y estudiar el resto de este libro, los lectores se detengan un momento para pedirle al Señor que los libere de ideas preconcebidas o de prejuicios doctrinales que les fueron inculcados en las iglesias y seminarios a que han asistido. Traten de enfocar el tema con una mente liberada y renovada por el Espíritu Santo (1 Corintios 2:14-16).

Recuerden que las cosas del Espíritu *“se han de examinar espiritualmente”,* eso es, bajo la iluminación y dirección del Espíritu. Es importante también que durante este estudio usen extensamente las Sagradas Escrituras, leyendo cuidadosamente cada cita bíblica, asegurando así que el Espíritu Santo les guíe a toda verdad (Juan 16:13). Si tienen a la mano varias versiones de la Biblia, consúltenlas, úsenlas,

porque pueden arrojar luz a pasajes que son difíciles de interpretar debido a la naturaleza del tema que vamos a tratar.

SECCION I

COMO OPERAN LOS DEMONIOS EN LA VIDA DEL CREYENTE

Para entender la operación de los demonios en la vida del creyente, es necesario estudiar el tema: Cuerpo, Alma y Espíritu. Mientras que la psicología moderna - por negar la existencia del espíritu (ya sea humano, divino o demoníaco) - enseña la dicotomía del hombre (que el hombre es únicamente mente y cuerpo), la Biblia enseña que el hombre es una tricotomía. En 1 Tesalonicenses 5:23, Pablo dice:

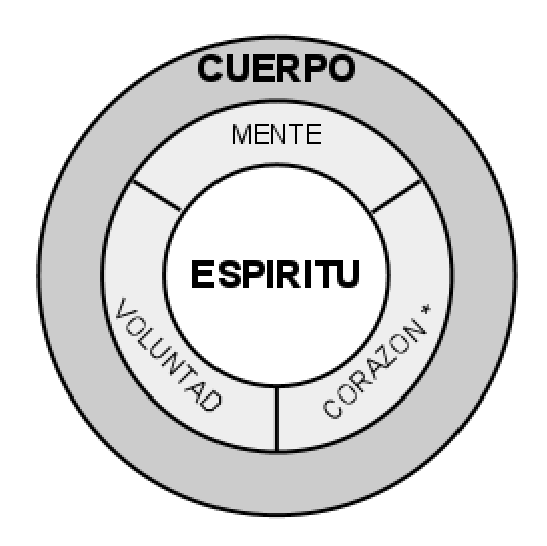
"Y el Dios de paz os santifique en todo; para que vuestro espíritu y alma y cuerpo sea guardado entero sin reprensión para la venida de nuestro Señor Jesucristo."



Es obvio que este pasaje bíblico enseña que el hombre es un ser tripartito, constando de espíritu, alma y cuerpo. También en Hebreos 4:12 dice:

“Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos: y que alcanza hasta partir el alma, y aun el espíritu, y las coyunturas y tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.”

Al examinar esta porción bíblica descubrimos que el autor de la epístola habla del alma y del espíritu, pero también de “coyunturas y tuétanos” (cuerpo) y de “los pensamientos y las intenciones del corazón” (mente). Según renombrados expositores de la Biblia, el alma igualmente es una triología que consta de mente (pensamientos), voluntad (decisiones) y corazón (emociones).



* Sentimientos, emociones y afectos personales

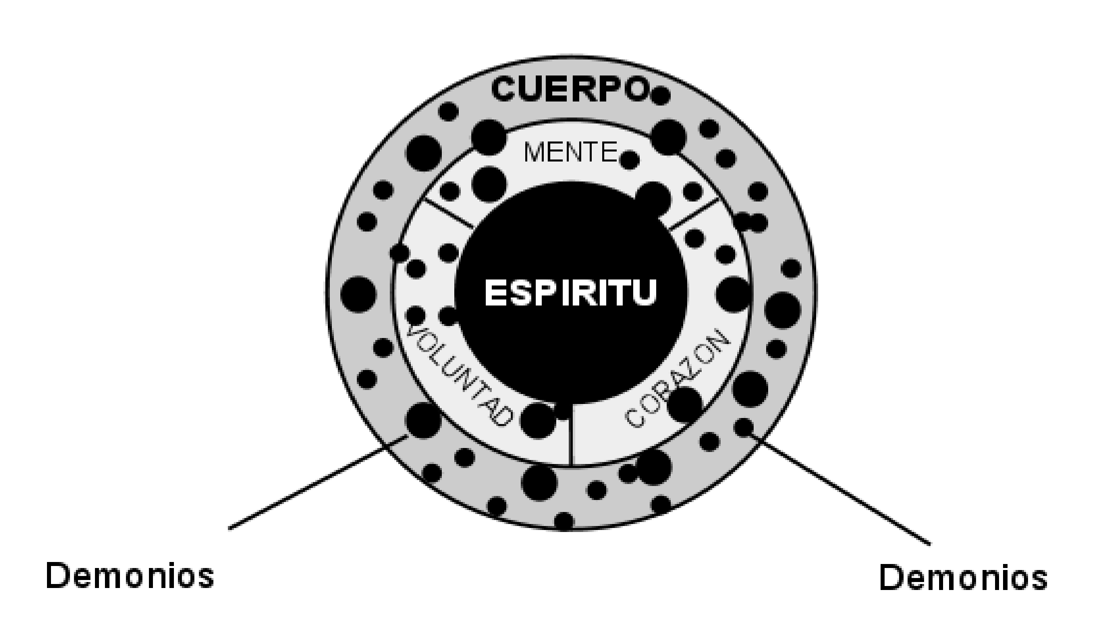
En conclusión, podemos afirmar que el hombre es un espíritu (Job 34:14; Proverbios 18:14; 20:27; Eclesiastés 3:21; 8:8; 12:7; Zacarías 12:1; 1 Corintios 2:11), que tiene un alma y un cuerpo físico, con los cuales se relaciona con el medio ambiente que le rodea.

En el hombre natural (inconverso), el espíritu está “muerto”, como Pablo lo declara en Efesios 2:1,5 (*“Y de ella recibisteis vosotros, que estabais muertos en pecados y delitos”*), en Colosenses 2:13 (“Y a vosotros,

estando muertos en pecados... os vivificó …”) y en 1 Timoteo 5:6 (“Pero la que vive en delicias, viviendo está muerta”). Debido a eso, el hombre sin el conocimiento de Dios, es virtualmente un ser dual (alma y cuerpo), ya que su espíritu está “muerto”, eso es, en estado latente y es, por lo tanto, inoperante.

La muerte espiritual, según los teólogos, es “separación de Dios”. A causa del pecado se levantó una barrera infranqueable entre Dios y el hombre (Isaías 59:2), que sólo Jesucristo por Su muerte en la cruz puede derribar (Romanos 5:10; Efesios 2:13, 16-18). Creer intuitiva o intelectualmente en la existencia de un Ser Superior, como muchas personas religiosas y no religiosas lo hacen hoy, no asegura que el hombre tenga conciencia de Dios o que mantenga una relación con El. Es sólo posible a través del Señor Jesucristo (Juan 14:6).

EL HOMBRE NATURAL

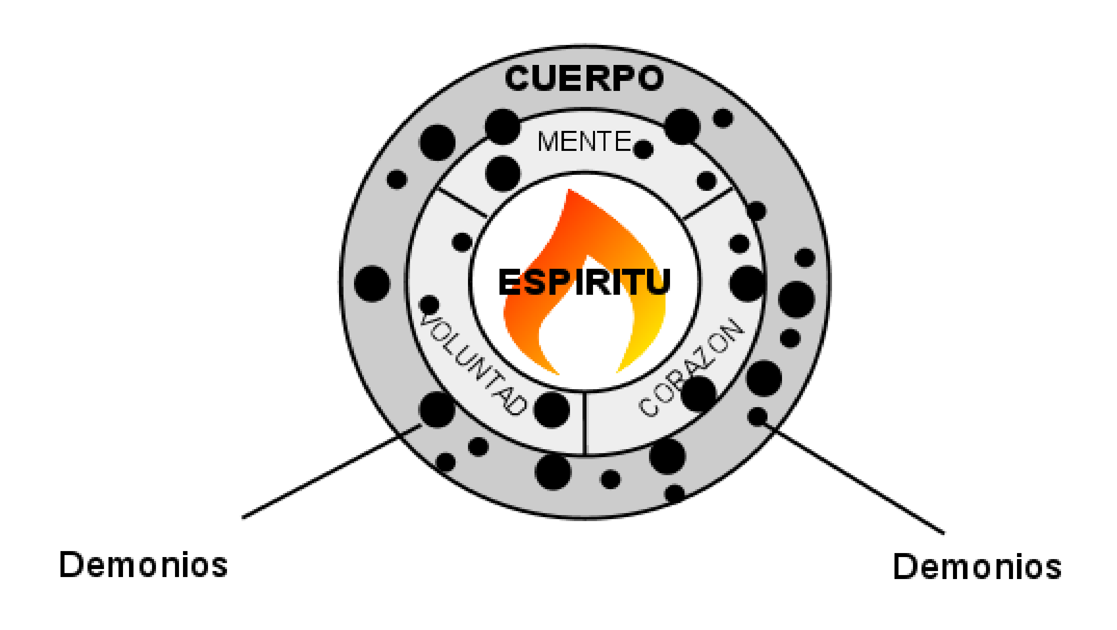


La obra inicial del Espíritu Santo en el hombre, cuando por fin escucha y atiende el mensaje de salvación en Cristo Jesús, es redargüir al hombre (Juan 16:8; Hechos 2:37) y despertar su conciencia (2 Corintios 7:9, 10) para que pueda arrepentirse del pecado y por medio de la fe recibir a

Jesucristo como su Salvador. En ese instante, ocurre en él un verdadero milagro, el más grande de todos - el nuevo nacimiento (Juan 3:3-5). Dios crea en él, en su espíritu, *“la nueva criatura”* (2 Corintios 5:17). *“El hombre nuevo... criado conforme a Dios en justicia y en santidad de verdad”* (Efesios 4:24) es una criatura santa que *“no hace pecado”* (1 Juan 3:9; 5:18) o “no practica el pecado” (VR).

Desde el momento que el hombre recibe a Jesucristo como su Salvador, el Espíritu Santo viene a morar o residir en él (Romanos 8:9). De esa misma manera, el hombre se convierte en la “morada de Dios en espíritu” (Efesios 2:22) o :morada de Dios por el Espíritu” (VR). Combinando lo dicho en estas dos versiones, podemos afirmar que el hombre redimido es la morada de Dios en el espíritu (humano) y por el Espíritu (divino).

EL HOMBRE REGENERADO



Pablo también llama al creyente en Cristo “templo de Dios” en 1 Corintios 3:16, 17 y 6:19:

“¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en

vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios destruirá al tal: porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es."
"¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y no sois vuestros?"

Tanto el tabernáculo erigido por Moisés en el desierto como el Templo construido por Salomón en Jerusalem constaban de tres áreas principales: (1) el atrio de afuera (llamado también el atrio de los gentiles), (2) el lugar santo y (3) el lugar santísimo. De acuerdo con la simbología bíblica, el atrio de afuera representa el cuerpo del creyente; el lugar santo, su alma; y el lugar santísimo, su espíritu. Al atrio de afuera tenían acceso todos, tanto judíos como gentiles; al lugar santo, los ministros del culto, sacerdotes y levitas; pero al lugar santísimo, únicamente el sumo sacerdote, una sola vez al año, y no sin sangre en expiación por sus pecados y por los pecados del pueblo. Cualquier persona no autorizada que se atreviera a entrar al lugar santísimo caía fulminada por el poder de Dios.

Haciendo una aplicación espiritual de los pasajes anteriores descubrimos que, aunque los demonios pueden, en circunstancias favorables para ellos, invadir el cuerpo y el alma del creyente, nunca pueden penetrar :su lugar santísimo" (el espíritu regenerado), que ha sido reservado en exclusividad para Jesucristo, el "Pontífice de nuestra profesión" (Hebreos 3:1). Aunque he atendido a miles de cristianos con serios problemas demoniacos en su cuerpo y su alma, nunca he encontrado a una sólo que tenga demonios en su espíritu. Eso se debe a que el cristiano puede ser atado, oprimido, cautivado, obsesionado, etc. por demonios, pero nunca poseído.

La palabra "posesión" significa, entre otras cosas, pertenencia o propiedad, y da a entender que la persona está totalmente bajo el control y dominio de Satán y sus espíritus malignos. Eso es imposible en la vida del creyente, ya que ha sido comprado (o redimido) a gran precio (1 Corintios 6:20; 7:23; 1 Pedro 1:18, 19) y ahora pertenece a Cristo.

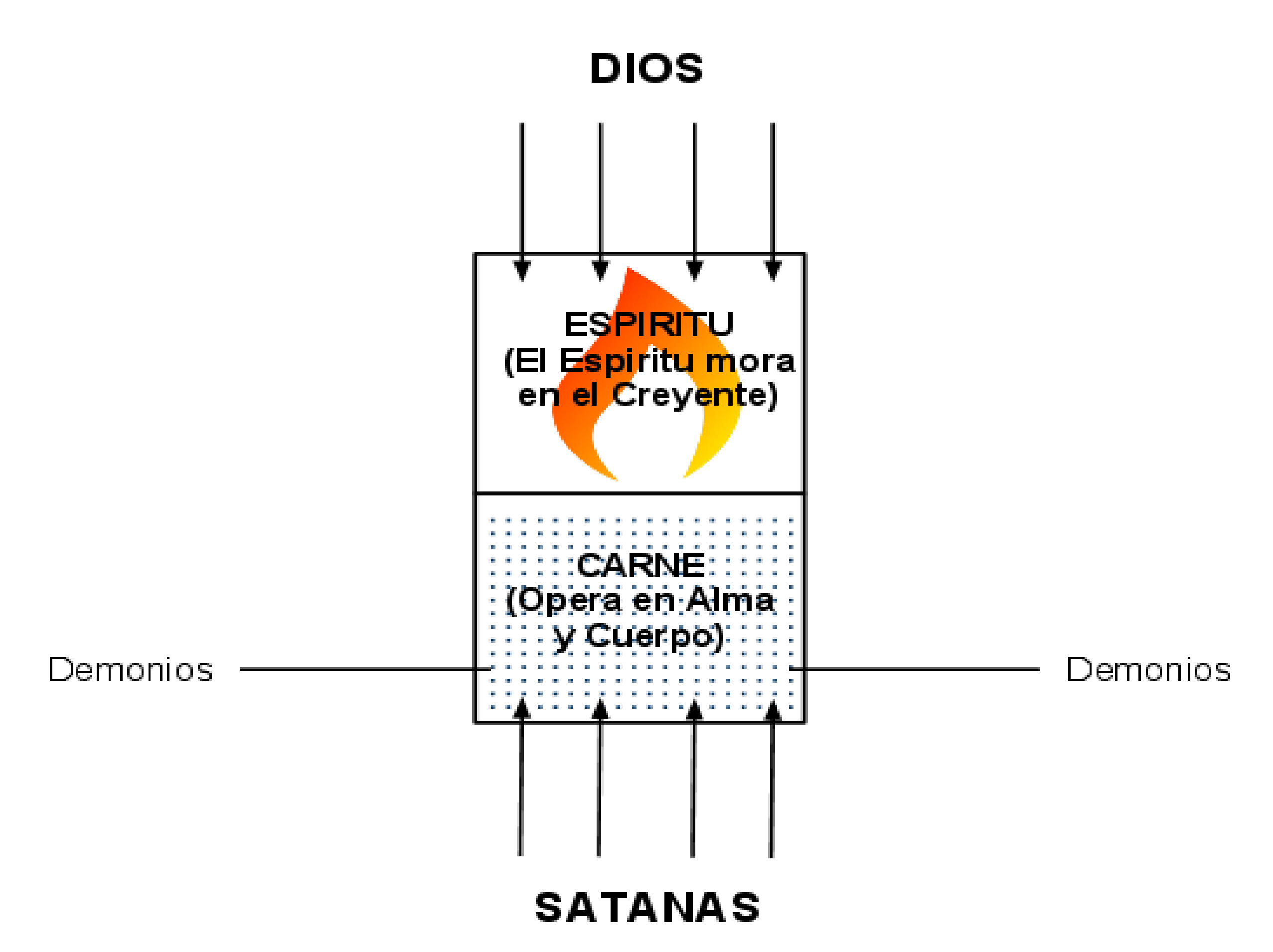
LAS DOS NATURALEZAS DEL CREYENTE

En el hombre regenerado existen dos naturalezas: la humana (el “hombre viejo”, o sea la carne) y la divina (el “hombre nuevo” o sea el espíritu). En relación a este tema, aconsejo que lean Efesios 4:22-24, Colosenses 3:9-11 y Romanos 6:4-6. El “hombre viejo” como naturaleza humana pecaminosa y depravada, habita en el cuerpo y en el alma del creyente; en cambio, el “hombre nuevo,” como naturaleza divina, santa y perfecta, habita en su espíritu.

ESPIRITU (El Nuevo Hombre)
CARNE (El Hombre Viejo)

La carne (“hombre viejo”) y el espíritu (“hombre nuevo”) se oponen uno al otro; por eso, en el alma de la mayoría de los creyentes hay una constante lucha, que Pablo describe en Romanos 7:14-25 y en Gálatas 5:16-17. Esa lucha en gran parte es provocada por los espíritus inmundos que operan en el “hombre viejo” del creyente. Los demonios refuerzan y excitan la carne para que resistan al Espíritu Santo que habita y opera en el espíritu regenerado del hombre.

EL CAMPO DE BATALLA



Si el Espíritu Santo está dispuesto a cohabitar en un mismo cuerpo con el "hombre viejo", que es un verdadero engendro de Satanás (peor que cualquier demonio), ¿será difícil creer que también esté dispuesto a morar en un cuerpo que está contaminado momentáneamente de espíritus malos? La Escritura nos revela que la carne *"no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede"* (Romanos 8:7). En cambio, los demonios sí se sujetan en el nombre de Jesús (Lucas 11:17). La carne, como naturaleza humana irredenta, no puede ser echada fuera; los demonios sí pueden ser expulsados cuando la persona reconoce que los tiene y está dispuesta a someterse a Dios para ser liberada.

Uno es el remedio para la carne que habita en nosotros: crucifixión, o sea una identificación consciente y contínua con la muerte de Jesucristo

(Romanos 6:6, 11). Y otro es el remedio para los espíritus malos que operan en nuestro ser: liberación. La carne tiene que ser *"amortiguada"* (Colosenses 3:5), *"mortificada"* (Romanos 8:13) o *"crucificada"* (Gálatas 5:24), pero los demonios tienen que ser atados y expulsados por medio de la unción del Espíritu Santo (Mateo 12:28; Lucas 4:18; Hechos 10:38; Isaías 10:27). Lamentablemente no se puede "echar fuera" la carne, como tampoco se pueden crucificar los demonios. La solución en cada caso es diferente. Una vez echados fuera los demonios, el creyente por el Espíritu puede comenzar a tomar dominio sobre su carne, mortificándola, reprimiéndola, sometiéndola a la obediencia de Cristo.

SECCION II

CASOS CLINICOS:
PERSONAJES BIBLICOS QUE ESTABAN CONTAMINADOS DE DEMONIOS

A continuación voy a presentar algunos ejemplos específicos de personas en el Nuevo Testamento que tuvieron problemas de origen demoníaco. Algunos de estos casos son obvios: otros, no tanto. Aunque en el Antiguo Testamento existen algunos casos interesantes y contundentes de personas que después de ser siervos de Dios fueron tomadas y usadas por espíritus malos (por ejemplo: el rey Saúl y el profeta Balaam), los he omitido en este estudio, ya que no dejarán de haber personas que afirmen que no son válidos pues ocurrieron antes de la dispensación de la gracia y, por tanto, no son aplicables a nosotros hoy en día.

CASO #1
JUAN Y JACOB

“Vosotros no sabéis de qué espíritu sois”
- Lucas 9:51-56 -

Según la historia bíblica, se iba acercando el día en que Jesús *“había de ser recibido arriba”* Su crucifixión, resurrección y ascensión iban a ocurrir a corto plazo. Sabiendo ésto, el Señor Jesús *“afirmó su rostro”* para ir a Jerusalem, ya que no era posible que un profeta muriese fuera de Jerusalem (Lucas 13:33; Mateo 16:21). El viaje desde más allá del río Jordán (Juan 10:40) fue lento y dificultoso. Dondequiera que llegaba, las multitudes le rodeaban y oprimían, ya que anhelaban presenciar alguno de Sus milagros o escuchar alguna de Sus enseñanzas. la gente que le seguí, ya sea por necesidad o por curiosidad, le imposibilitaba avanzar tan rápido como Él quería.

A su paso por la provincia llamada Samaria descubrió que al acercarse la noche todavía estaba en un lugar virtualmente despoblado. No queriendo dormir a la intemperie, envió por delante a varios de sus discípulos a una ciudad cercana, habitada enteramente por samaritanos, para que le preparasen alojamiento.

Los samaritanos, impulsados sin duda por el profundo antagonismo que sentían hacia los judíos por causa de los vejámenes que habían soportado a manos de ellos durante varios siglos, se negaron rotundamente a recibirlo, especialmente sabiendo que su *“traza”* (plan) era ir a Jerusalem para participar en la fiesta religiosa que se avecinaba. Los mensajeros regresaron decepcionados al lugar donde Jesús los esperaba. Cuando los demás discípulos se enteraron del desaire sufrido, se enfurecieron. Juan y Jacobo, los famosos “hijos del trueno”, solicitaron permiso para hacer que fuego descendiera del cielo y consumiera a todos esos samaritanos renegados.

Jesucristo los reprendió duramente, diciendo: *“Vosotros no sabéis de qué espíritu sois”*, insinuando que aquellos discípulos ignoraban qué espíritu se estaba manifestando a través de ellos en ese momento. Algunas versiones modernas han eliminado por completo esta frase, quizás porque sus traductores no creían que un seguidor de Cristo pudiera “tener” demonios. Y, sin embargo, una versión (o paráfrasis) reciente, llamada “La Biblia al Día” traduce esta expresión de Jesús así: “¿Qué clase de espíritu tienen ustedes?”

Era obvio que Juan y Jacobo estaban siendo animados por otro espíritu y no por el Espíritu de Dios. Las palabras que salieron de la boca de ellos denotaban actitudes contrarias al verdadero espíritu de Cristo, su Líder y Maestro. Juan y Jacobo manifestaron un espíritu racista, de prejuicio y quizás odio hacia los samaritanos. Aparentemente no les importaba matar centenares de víctimas inocentes, con tal de tomar represalia o venganza por la ofensa sufrida. Jesucristo tuvo que recordarles que Él no había venido *“para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas.”* Con el paso de los años Juan fue transformado y llegó a ser “el apóstol del amor”. El Espíritu Santo sin duda renovó su mente y purificó su corazón de esos sentimientos negativos que había desarrollado por influencias familiares, ambientales o raciales.

Este pasaje bíblico nos obliga a considerar la posibilidad de que aún seguidores cercanos de Cristo pudieran estar influenciados o motivados por un espíritu ajeno al Espíritu de Dios. Es preciso confesar que nosotros también en cierta ocasión hemos sentido ira, rencor, odio, sed de venganza, etc. al ser objetos del rechazo o de un desprecio. Hemos sido impulsados a desquitarnos, a cobrar cara la afrenta sufrida. Una actitud semejante revela que un espíritu no de Dios está en control de alguna área de nuestra vida, afectando seriamente nuestra relación con los demás (creyentes y no creyentes) y dañando nuestro testimonio ante el mundo.

CASO #2
SIMON PEDRO

“Quítate de delante de mí, Satanás”
- Mateo 16:21-23 -

Había llegado el momento preciso en que era necesario que el Señor Jesús preparara a Sus discípulos para los trágicos eventos que estaban por suceder en cumplimiento de los planes divinos y eternos para Él y para toda la humanidad. De consiguiente, Cristo les comenzó a revelar que le convenía subir a Jerusalem a padecer, morir y resucitar al tercer día. Pedro, osado e indiscreto como siempre, le tomó aparte y empezó a reprenderle, tratado de despertar en El lástima propia. “*Ten compasión de Ti mismo”*, le dijo, *“no permitas que tal cosa te acontezca”*. Pedro quiso activar en Cristo el instinto de auto-preservación, para que a toda costa evitara tener que ir a la cruz a dar Su vida en propiciación por los pecados del hombre.

Jesús inmediatamente discernió que en Pedro operaba un espíritu que se oponía a la realización de los propósitos de Dios para la humanidad. Sin vacilaciones no contemplaciones, se tornó hacia Pedro y le dijo: *“Apártate de mí, Satanás: me eres escándalo* (estorbo, tropiezo)...*”* Evidentemente, Satanás tenía acceso a la mente y boca de Pedro y en ese momento lo estaba usando para disuadir o detener a Jesús en el cumplimiento del plan de redención.

¿Por qué pudo Satanás tomar y usar a Pedro con tanta facilidad para que fuera inconscientemente su instrumento para tratar de impedir que Jesucristo cumpliera Su misión divina? Recordemos que horas o días antes Pedro había sido usado por el Espíritu Santo para dar a conocer una de las revelaciones más trascendentales de las Sagradas Escrituras” la divinidad de Cristo (Mateo 16:13-19). ¿Será posible que Pedro malinterpretara, como tantos lo han hecho desde entonces, las palabras de Cristo (“*Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia...”*), y que

comenzara a creerse superior a los demás discípulos? Si ésto fuere cierto, no es de extrañar que el orgullo o la altivez de espíritu abrieran las puertas a una operación de demonios en su corazón.

En forma similar, muchos de nosotros hemos sido atacados por el enemigo, que usando de astucia ha querido (y a veces logrado!) despertar en nosotros también la lástima propia. Él nos hace pensar que nadie nos quiere ni comprende. Nos deprimimos y aislamos, y terminamos siendo víctimas fáciles de sus argucias. Esto aún podría provocar en nosotros trastornos mentales o emocionales que nos podrían llevar a fatales consecuencias, incluyendo la demencia y el suicidio.

“Satanás os ha pedido para zarandaros como a trigo”
- Lucas 22:31 -

La noche en que fue entregado, después de haber celebrado la Pascua con Sus discípulos, Jesucristo les hizo una serie y solemne advertencia de que todos iban a ser escandalizados y dispersados (Mateo 26:31-32). Pedro, confiando en sí mismo, le replicó, “Aunque todos sean escandalizados en ti, yo nunca seré escandalizado”. Con estas palabras él revela cierto orgullo y suficiencia propia, pues evidentemente se creía más fuerte y valiente que los demás discípulos. Sus intenciones eran loables, pero el problema de Pedro (tan común a todos los hombres) es que él no se conocía a sí mismo. *“Pronto estoy a ir contigo aun a la cárcel y a la muerte”* (Lucas 22:31), insistió en decir, *“Mi alma pondré por Ti”* (Juan 13:37). Él estaba seguro de que nunca negaría o traicionaría a su Señor. Y sin embargo, Cristo le anunció que esa misma noche él iba a ser sometido a una dura prueba, y que antes del amanecer le negaría tres veces.

Por revelación divina, Jesús sabía que Satanás se había presentado ante el trono de Dios para pedir licencia de “zarandear” a Pedro como a trigo (Lucas 22:31-32). La zaranda (llamada también criba o harnero) era un implemento empleado en la agricultura para separar el trigo de cualquier

desperdicio (paja, cascarilla, etc.) con el fin de dejar el grano limpio para ser llevado para al molino y ser convertido en harina. Pedro (como también los demás discípulos) iba a caer víctima de una fuerte opresión del enemigo. *“La potestad de las tinieblas”* (Lucas 22:53) iba a reinar por unas cuantas horas. Satanás se iba a ensañar de él con permiso divino.

Según Mateo 26 y Lucas 22, bajo la influencia de Satanás y sus espíritus inmundos Pedro hizo esa noche varias cosas que nunca hubiera hecho si estuviese en pleno control de sus facultades espirituales y mentales:

1) Cayó en un profundo sueño, juntamente con Juan y Jacobo, miembros del círculo íntimo de Jesús (Mateo 26:36-45; Lucas 22:39-46). El Señor le reprochó que no hubiera podido velar en oración con El una mísera hora. Fue entonces cuando Él dijo aquellas memorables palabras, “Velad y orad, para que no entréis (o caigáis) en tentación” (Mateo 26:41).

2) Usó de la espada, supuestamente para defender a su Maestro (Mateo 26:51; Lucas 22:50). Una lección que él nunca había aprendido es que en la guerra espiritual las armas carnales son totalmente inútiles (2a. Corintios 10:4-6).

3) Siguió a Jesús “de lejos”, no queriendo identificarse plenamente con El. En el proceso, hizo amistad con los mismos criados (alguaciles) del Pontífice que estaba sometiendo a Jesús a juicio (Mateo 26:58; Lucas 22:54).

4) Negó tres veces consecutivas a su Señor con juramentos, maldiciones e imprecaciones (Mate 26:69-74; Lucas 22:55-60).

La iglesia Católica sostiene hoy que el apóstol Pedro fue el primer Papa. Aunque nosotros los cristianos de fe evangélica rechazamos tal afirmación (por carecer de evidencias bíblicas e históricas claras y contundentes), sí es preciso que reconozcamos que él fue el instrumento escogido por Dios para servir de líder a la Iglesia en su primera etapa, descrita en el Libro de los Hechos del capítulo 1 al 12. Como tal, jugó un papel importante en

introducir o presentar el Evangelio en su plenitud a los judíos (Hechos 2), samaritanos (Hechos 8) y gentiles (Hechos 10). Sin embargo, Pedro era susceptible a los demonios, dejándose usar en más de una ocasión por Satanás en su intento por entorpecer o estorbar los planes de Dios.

CASO #3
JUDAS ISCARIOTE

"¿No he escogido yo a vosotros doce, y uno de vosotros es diablo?"
- Juan 6:70 -

Jesucristo enfrentaba una de las primeras crisis de su ministerio. Muchos discípulos, al escuchar Sus enseñanzas acerca del costo y compromiso de ser Sus seguidores, se ofendieron y decidieron volver atrás. Cristo entonces preguntó a los doce, si ellos también querían irse. Pedro, siempre impetuoso, se adelantó a decir: "*¿A quién iremos, si sólo tú tienes palabras de vida eterna?*"

Fue en ese momento que Jesús insinuó que Satanás se había infiltrado en las filas apostólicas. Sus palabras, *"y uno de vosotros es diablo"*, podrían ser mejor traducidas, "y uno de vosotros es el diablo mismo". Otra versión, quizás poco conocida, traduce esta frase así: "y uno de vosotros es un demonio". ¿Por qué pudo Satanás seducir y luego poseer fácilmente a Judas? Porque era *"ladrón"* (Juan 12:6). Motivado sin duda por la codicia o avaricia (Proverbios 1:19), había sido deshonesto en el manejo de los fondos del tesoro común del bando apostólico.

A sabiendas de quién era Judas, Jesús lo había escogido entre una multitud de discípulos para que fuese uno de Sus doce apóstoles (Marcos 3:13-19). Esto era necesario "para que la Escritura se cumpliese" (Juan 17:12). Según Marcos 6:7, 12-13, Jesús lo había dotado, como a los

demás apóstoles, de autoridad para sanar enfermedades y expulsar demonios, y lo había enviado a proclamar y a demostrar y a demostrar el reino de Dios. Aparentemente Judas lo había hecho con mucha efectividad.

Ya para finalizar el ministerio terrenal de Cristo, la Escritura dice que el diablo sembró en Judas la idea de entregar a Cristo:

"... el diablo ya había metido en el corazón
de Judas … que le entregase"
- Juan 13:2 -

Este pasaje demuestra que el diablo tenía acceso directo al corazón (el asiento o sede de los afectos personales) de Judas. Es evidente que él tenía una ciega ambición de poder. En su mente enfermiza tiene que haberse cruzado muchas veces la idea de que, siendo él tesorero del bando apostólico (Juan 12:6; 13:29), también llegaría a ser "ministro de finanzas" del reino que Jesús iba a instaurar. Decepcionado porque Jesús no había sabido aprovechar las oportunidades que se le habían presentado de convertirse en Rey de los Judíos (Juan 6:15), Judas decidió mejor traicionarlo y venderlo a sus enemigos, los líderes religiosos de Israel.

Judas se prestó dos veces consecutivas para que Satanás en persona (y no por medio de un demonio de ínfima categoría) entrara y se manifestara en él. En la primera ocasión (Lucas 22:3-6: "Y entró Satanás en Judas"), hizo todos los arreglos necesarios para entregar a Jesús a los que buscaban una ocasión propicia para matarle. En la segunda (Juan 13:21-27: "Y tras el bocado Satanás entró en él"), fue a reunir y a dirigir la turba que apresó a Jesús en el jardín del Getsemaní. Es posible que para entonces Judas hubiese actuado como un autómata, totalmente inconsciente de lo que estaba haciendo. Su personalidad humana había quedado sumergida, mientras que Satanás hablaba y actuaba libremente

en él. Judas tuvo, horas más tarde, un rudo despertar. Cuando volvió en sí, se dio cuenta que había entregado *"sangre inocente".* Sintiendo un gran remordimiento por lo que había hecho, hizo un intento infructuoso por deshacer el trato hecho (Mateo 27:3-5), pero al no lograrlo, tomó la fatal determinación de quitarse la vida.

Jesucristo llamó a Judas *"el hijo de perdición"* (Juan 17:12). Otro personaje influyente, que aparecerá en el escenario mundial en los fines de los tiempos, es llamado lo mismo (2a. Tesalonicenses 2:3). Algunos han llegado a afirmar que Judas va a resucitar de los muertos para cumplir ese rol en los años que anteceden a la segunda venida de Cristo. Sea ésto cierto o no, podemos estar seguros que a semejanza de Judas, este personaje será la encarnación misma de Satanás.

Si los cuatro miembros más prominentes del bando apostólico - Pedro, Juan, Jacobo (Su círculo íntimo) y Judas (Su tesorero) - tuvieron problemas demoniacos, ¿cómo nos atrevemos a afirmar que nosotros no los pudiéramos tener? Por lo menos deberíamos explorar esa posibilidad y someternos, si es necesario, a una oración de liberación para ser libres de ellos. Los apóstoles sin duda lo hicieron, pues en Mateo 10:8 Jesús les dice: "Sanad enfermos … echad fuera demonios: de gracia recibisteis, dad de gracia." Es claro que Él los estaba enviando a ministrar lo que ya habían recibido o experimentado, la liberación entre otras muchas cosas.

CASO # 4
LA MUJER CON EL ESPIRITU DE ENFERMEDAD

"Y he aquí una mujer que tenía espíritu de enfermedad dieciocho años, y andaba agobiada..."
- Lucas 13:11 -

Jesucristo, como acostumbraba hacerlo, estaba ministrando o enseñando en una sinagoga un sábado cualquiera, cuando se dio cuenta de que

estaba presente en la congregación una pobre mujer que adolecía de una grave enfermedad. Su condición era lastimera. Su cuerpo estaba doblado casi hasta el piso de tal forma que de ninguna manera se podía enderezar. Sufría de una desviación de la columna vertebral, ocasionada quizás por lo que los médicos llaman “osteoporosis”, una enfermedad bastante común hoy en día en mujeres mayores de los cincuenta años de edad, causada mayormente por la descalcificación de los huesos. Este impedimento físico la invalidaba para cumplir aun los oficios domésticos más sencillos.

Movido a misericordia, Jesús la llamó y la puso en libertad diciendo, “Mujer, eres libre de tu enfermedad” No ató ni reprendió al demonio, sino que utilizó un método poco usual en la liberación: la de declarar al paciente libre usando de Su autoridad espiritual. Aunque ya estaba libre del espíritu malo que la agobiaba y la deformaba, la mujer seguía encorvada. Acto seguido, Jesús se acercó a ella y le impuso las manos, como lo hacía frecuentemente cuando ministraba a los enfermos (Lucas 4:40). Inmediatamente la mujer se enderezó y comenzó a glorificar a Dios por el doble milagro que había recibido. Si algunos todavía dudan de que la liberación sea un milagro, pueden leer Marcos 9:38-39 para convencerse. La liberación y la sanidad divina son ministerios complementarios que deben ser practicados en ese orden para mayor efectividad.

La restauración de esta mujer produjo una reacción violenta de parte del líder de la sinagoga, quien objetó a que Jesús hiciese esta obra en un día sábado, violando así las tradiciones judaicas en cuanto a la observancia del día de reposo. Jesús, tal vez airado, respondió:

“Y a esta hija de Abraham, que he aquí Satanás
la había ligado dieciocho años, ¿no convino desatarla
de esta ligadura en día de sábado?”
- Lucas 13:15-16 -

Esta frase nos indica que la enfermedad que la mujer sufría no era de origen natural, sino sobrenatural, provocada por la presencia en su cuerpo de un espíritu de enfermedad que la deterioraba la espina dorsal. La mujer no era una hipocondríaca; ni su enfermedad era psicosomática (como algunos han insinuado), sino real. Satanás durante dieciocho años la había mantenido “atada”, colocando en ella este espíritu de enfermedad para atormentarla y despojarla de su libertad.

Hoy existen en el mundo graves enfermedades que no responden efectiva o permanentemente aun ante los tratamientos médicos más sofisticados. Los doctores, especialistas en su ramo de la medicina, muchas veces enfrentan tremendas dificultades para diagnosticarlas y más aún para curarlas. Los medicamentos que aplican apenas logran arrestar los avances o estragos de la enfermedad, prolongando la vida de sus pacientes unos cuantos meses o años, dándoles de esa manera una oportunidad de que más o menos se desenvuelvan en sus actividades habituales.

A los demonios no se les puede detectar con exámenes de heces, orina, sangre, etc., sino a través del don de discernimiento de espíritus. La presencia de demonios en nuestro organismo no se comprueba con rayos X o ultrasonidos. Los cardiogramas, encefalogramas y fonogramas dan indicios de graves alteraciones en el funcionamiento de nuestro órganos vitales, pero no revelan su causa u origen.

Los espíritus de enfermedad no salen ni aun con las drogas más potentes. La radiación, la quimioterapia y otros tratamientos modernos - que además de ser dolorosos y peligrosos, son extremadamente costosos - no pueden aniquilar a los demonios. La medicina es impotente para combatir una infección demoníaca - ¡Sólo con el poder de Dios lo puede hacer!

Jesús reconoció que esta mujer era una “hija de Abraham”. No era una persona de malas costumbres, sino buena, noble, devota al Dios de Israel, una asistente regular a los oficios religiosos que se llevaban a cabo en aquella sinagoga. Ahora debemos preguntarnos, ¿qué significa realmente

ser hijo o hija de Abraham? La respuesta más frecuente que he escuchado es que ellos tenían que ser personas de raza o sangre judía. Para saber exactamente que implica ser hijo(a) de Abraham tenemos que recurrir a las Sagradas Escrituras. La Palabra de Dios sólo puede interpretarse correctamente comparando Escritura con Escritura.

Según Gálatas 3:7, *"Los que son de fe, los tales son hijos de Abraham"*. Respetando esta declaración tenemos que afirmar que esta mujer era una creyente genuina que, a semejanza de Abraham, el Padre de la Fe, creía a Dios (Romanos 4:11, 16; 9:7-8). Nosotros también somos descendencia de Abraham (Gálatas 3:29) por ser de Cristo, quien en el versículo 16 del mismo capítulo es llamado la verdadera simiente de Abraham.

Este caso viene a probar una vez más que aun los verdaderos creyentes (los creen a Dios y a Su Palabra) pueden ser invadidos en alguna parte de su cuerpo o alma por espíritus malignos, y que, por tanto, necesitan someterse a un ministerio ungido por el Espíritu Santo, que en base a su experiencia y autoridad pueda libertarlos de estas ataduras.

CASO # 5
ANANIAS Y SAFIRA

"¿Por qué ha llenado Satanás tu corazón
a que mintieses al Espíritu Santo?"
- Hechos 5:3 -

La iglesia del primer siglo, llamada primitiva o apostólica estaba pasando por su mejor momento. Debido a la manifestación contínua del Espíritu Santo, se había despertado en ella un sincero afán por ayudar a la gente pobre o menesterosa. Los hermanos vendían sus bienes inmuebles y traían el producto de la venta para ponerlo en las manos de los apóstoles,

quienes lo distribuían en forma justa y equitativa entre las personas más necesitadas de la iglesia y del pueblo (Hechos 4:34-35)

Ananías y su esposa Safira, miembros en propiedad de la iglesia de Jerusalem no quisieron quedarse atrás. Imitando a los demás donadores, decidieron vender una propiedad y dar el producto de la venta a la iglesia. Es probable que en la transacción obtuvieran una cantidad mayor que la esperada. Ya con el dinero en la mano, Ananías y Safira fraguaron un plan para engañar a los apóstoles, decidiendo entregar sólo una parte del dinero pero pretendiendo que era todo. Este iba a ser un acto de simulación e hipocresía.

Ananías, bolsa en mano, se presentó delante del apóstol Pedro, esperando ser elogiado por su liberalidad, pero las cosas no salieron como él pensaba. Con tono severo, Pedro recriminó a Ananías por su intento de engañar a Dios, diciéndole:

“Ananías, ¿Por qué ha llenado Satanás tu corazón a que mintiese al Espíritu Santo?... ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios”
- Hechos 5:3-4 -

Estas palabras revelan que Ananías, en su tentativa de engañar a Pedro, y por ende a Dios, estaba siendo influenciado por Satanás, quien había logrado penetrar su corazón y sembrar allí la idea de llevar a cabo este hecho tan reprochable. La palabra “llenado” (griego: ἐπλήρωσεν) es la misma que aparece en Hechos 2:4 al hablar de la llenura del Espíritu Santo. Satanás no lo estaba influenciando desde afuera, sino desde dentro.

Aunque Ananías había sido instigado por Satanás para llevar a cabo esta acción, él era plenamente responsable de lo que había hecho. Su mujer y él se habían puesto de acuerdo , en forma premeditaba, para engañar a

los apóstoles. No podía decir, como para justificarse, “El diablo me obligó a hacerlo”, ya que, en pleno uso de la razón, lo estaba haciendo. Prueba de ésto es que tuvo que pagar caro su atrevimiento. Como consecuencia de su pecado, sufrió una muerte fulminante y fue enterrado sin pena ni gloria. Safira, su mujer, sufrió la misma suerte (5:10), lo que viene a probar que “hechor y consentidor” son igualmente culpables delante de Dios (Romanos 1:32).

Los casos #1-4 ocurrieron antes del Calvario y del Pentecostés, lo cual algunos han usado para aducir que aquellos personas no habían experimentado el nuevo nacimiento y que por lo tanto eran susceptibles todavía a demonios, Pero el caso que acabamos de considerar sucedió después del derramamiento del Espíritu en el día del Pentecostés, cuando ya el Espíritu Santo estaba obrando plena y poderosamente en la Iglesia, regenerando, transformando y liberando a los que se arrepentían y se entregaban de corazón a Cristo. Ananías y Safira eran sin duda verdaderos creyentes, porque de otra manera no podían formar parte de la iglesia de Jerusalem. En aquel tiempo, sólo a las personas que habían dado amplia evidencia de su conversión se les permitía asistir a las reuniones en el templo o por las casas.

Nosotros también, a pesar de conocer a Cristo como Salvador personal, muchas veces caemos en el engaño. Nos dejamos seducir por Satanás para tratar de engañar a otros seres humanos, sino a Dios mismo. Cuando mentimos habitualmente, nos exponemos al peligro de ser tomados por un espíritu de mentira (2 Crónicas 18:22) que nos inducirá a y quizás obligará a tergiversar la verdad siempre. Una persona que miente en forma rutinaria debería por lo menos sospechar que un demonio está operando en su corazón y en su boca. Hablando y viviendo la mentira llegamos a perder por completo la confianza y el respeto de los que nos rodean y, en consecuencia, nuestro testimonio como cristianos es destruido por completo.

CASO #6
SIMON, EL MAGO

“Porque en hiel de amargura
y en prisión de maldad veo que estás”
- Hechos 8:23 -

Uno de los casos que mayor polémica puede despertar es el de Simón el Mago, descrito en Hechos 8:9-24. Simón era un practicante de las ciencias ocultas que por largo tiempo había ejercido con éxito su profesión de adivino o hechicero en Samaria. Según las Escrituras, él había logrado engañar a los samaritanos pretendiendo ser una gran personalidad. Los habitantes de aquella ciudad atribuían sus milagros mentirosos al *“gran poder de Dios”.* Había trabajado con una astucia tal, que todos, desde el más chico hasta el más grande en edad, creían que él era un enviado o ungido de Dios.

La Palabra es enfática en afirmar que Simón con sus artes mágicas había “fascinado”, “embaucado” o “mesmerizado” a los samaritanos. Algunas versiones, particularmente en el inglés, dicen que Simón los había “hechizado”. No es de extrañar entonces que según Hechos 8:7 habían muchos endemoniados en aquella ciudad, juntamente con muchos que sufrían de estados de invalidez (cojera y parálisis), seguramente como resultado directo de los maleficios que Simón había lanzado por encargo de su clientela contra individuos o familias enteras de aquella comunidad.

Cuando Felipe - uno de los siete servidores de la iglesia de Jerusalem (Hechos 6:3-5) y futuro evangelista (Hechos 21:8) - descendió a Samaria (debido a la persecución que brotó a raíz de la muerte violenta de Esteban), enfrentó un ambiente espiritual hostil. Sin dilación, él empezó a predicar el evangelio del Reino de Dios, siendo respaldado por Dios con señales realizadas en el poder del Espíritu Santo. Muchas personas afectadas en su cuerpo y en su alma por espíritus malos fueron liberadas y

sanadas. Al ver la manifestación de Dios, los samaritanos se convirtieron masivamente a Cristo y, en obediencia a la Palabra, se bautizaron.

La Biblia dice que *“el mismo Simón creyó también entonces, y bautizándose, se llegó a Felipe”* (Hechos 8:13). Aunque algunos comentaristas bíblicos han expresado duda o reserva de que Simón se haya realmente convertido, aparentemente cumplió los requisitos básicos para ser salvo, establecidos en Marcos 16:16, donde a la letra dice: *“El que creyere y fuere bautizado, será salvo”* Después de su conversión, Simón se “adhirió” o “dedicó” a Felipe, permaneciendo constantemente a su lado, dando a entender con ésto que se había vuelto su asistente en el ministerio. Algunos han sugerido que Satanás lo había plantado en aquella iglesia en formación para desvirtuar la obra del Señor, lo que no sería extraño pues la infiltración ha sido una de las tácticas favoritas del enemigo a través de los siglos para debilitar y, si fuere posible, destruir la Iglesia de Jesucristo (Gálatas 2:4; Judas 4; Apocalipsis 2:20-23).

Sólo Dios sabe si la conversión de Simón fue sincera o no. Lo que sí parece evidente es que él nunca fue liberado de las fuerzas malignas que operaban en su ser como resultado de su envolvimiento en las ciencias ocultas. Quizás Felipe, por su falta de experiencia en el ministerio del Espíritu, no pudo discernir que Simón seguía bajo una fuerte influencia demoníaca. Se requirió de la visita de los apóstoles Pedro y Juan a Samaria para que Simón sacara a relucir lo que había en su corazón (Hechos 8:20-23). Pedro le hizo un llamado al arrepentimiento que, si lo hubiera obedecido, hubiera asegurado su liberación de la “prisión de maldad” en que se encontraba.

Si Simón era un verdadero creyente en Cristo (Y tenemos algunas evidencias bíblicas de que sí lo era), tendríamos que concluir que los creyentes que antes de entregarse a Cristo se involucraron de alguna manera en las ciencias ocultas necesitan de una profunda liberación, ya que los demonios que a invitación de ellos entraron en su ser no salen a menos que en forma apremiante se les ordene salir en el nombre poderoso de Jesús.

CASO #7
EL JOVEN TIMOTEO

“Porque no nos ha dado Dios el espíritu de temor...”
- 2 Timoteo 2:7

Siguiendo el patrón establecido por Cristo, el apóstol Pablo, durante su larga trayectoria ministerial, formó muchos discípulos que estudiaron, viajaron y ministraron con él. Estos, en su mayoría jóvenes, luego de un período de entrenamiento, se convirtieron en poderosos siervos de Dios que llevaron el Evangelio del Reino a muchos lugares del antiguo Imperio romano. Entre sus numerosos discípulos, había uno llamado Timoteo que llegó a ser su “discípulo estrella”. Pablo da testimonio de él en Filipenses 2:19-20, diciendo que no había ninguno tan “unánime” (tan compatible) como Timoteo.

Pablo lo había conocido durante su segunda gira misionero en una ciudad llamada Listra (Hechos 16:1-3). Timoteo era un joven singular, de quien daban buen testimonio los hermanos de aquella iglesia y ciudad. Pablo reconoció inmediatamente la vocación y unción de Dios en su vida, por lo que lo invitó a acompañarle durante el resto de esa larga gira. Debido a la confianza que le inspiraba, años más tarde, Pablo dejó a Timoteo en Éfeso para que corrigiese a la iglesia y la pusiese en orden. Algunos creen que Timoteo llegó a ser el primer pastor de esa iglesia, que es considerada la más espiritual o madura del Nuevo Testamento. Hay evidencias de que Timoteo aun llegó a ser apóstol (comparar 1 Tesalonicenses 2:6 con 1:1).

En 2 Timoteo 1:6, Pablo amonesta a su joven discípulo para que despertara o avivara el don que había recibido de Dios por imposición de las manos del apóstol. Aparentemente, Timoteo había descuidado este don a tal grado que ya quedaban sólo las brasas o rescoldos. ¿Cuál era el don a que se refería Pablo? ¿Sería uno de los dones espirituales hallados en 1 Corintios 12:4,7-11? o ¿sería uno de los dones ministeriales enumerados en Efesios 4:8,11-12?

Aunque la Biblia no precisa cual haya sido ese don, podemos concluir que posiblemente era el ministerio u oficio de profeta, pues en 2 Timoteo 1:8, Pablo le aconseja que no se avergüence del *"testimonio de nuestro Señor"*. Conforme a Apocalipsis 19:10, *"el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía"* que operaba en los profetas. Es evidente que Timoteo no había desarrollado ni usado ese poderoso don o ministerio, porque en su vida había un grave estorbo que Pablo identifica como un espíritu de temor o cobardía.

La Biblia enseña en Romanos 8:15 que el temor es causado por un espíritu maligno:

"Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez en temor..."

Ese espíritu tiene que ser "echado fuera" como cualquier otro demonio (1 Juan 4:18). Lucas 1:74-75 dice que el Mesías venidero, en cumplimiento del pacto Abrahámico, iba a librar a Su pueblo de todos sus enemigos, para *"que sin temor"* sirvieran a Dios *"en santidad y justicia... todos los días nuestros"*. Según Proverbios 29:25, "El temor al hombre pondrá lazo", lo cual significa que el temor (cualquier temor) ata o aprisiona, impidiendo que el hombre se desarrolle o exprese como lo quisiera hacer.

Estos versículos demuestran que el temor impide que sirvamos a Dios como Él lo merece. Era necesario que el Hijo de Dios participara de *"carne y sangre",* según Hebreos 2:14-15, para *"destruir por la muerte al que tenía el imperio de la muerte, es a saber el diablo"* y así *"librar a los que por el temor de la muerte estaban por toda la vida sujetos a servidumbre"*. El temor - y particularmente este temor universal, el temor a la muerte - "sujeta a servidumbre", eso es, avasalla, aprisiona, esclaviza.

Timoteo, a pesar de ser hijo y siervo de Dios, estaba afectado por un espíritu de temor, que provocaba en él timidez, vacilación, vergüenza,

cobardía, miedo, etc. Es probable que este espíritu haya entrado en él desde muy niño, pues hay pruebas de que había sido criado en un hogar dividido o disfuncional. La Escritura enseña que Timoteo era hijo de una madre judía devota y de un padre griego (inconverso?) que quizás no se preocupaba por la formación moral o espiritual de su hijo. Dos mujeres, su madre Eunice y su abuela Loida, le enseñaron desde la niñez las Sagradas Escrituras (2 Timoteo 3:15) y sembraron en él una fe verdadera en Dios (2 Timoteo 1:5)

A pesar de una preparación moral y espiritual, Timoteo tuvo serios problemas que demuestran que no había podido desarrollar un carácter templado y sólido que le permitiera actuar con seguridad y confianza ante adversidad. Sabiendo por los escritos del Antiguo Testamento que el ministerio profético despertaba muchas veces una fiera oposición, Timoteo, consumido por el temor, prefirió dejar ese don a un lado, para no tener que enfrentar persecución y muerte.

Si Timoteo, un joven ministro de conducta irreprochable, tuvo por lo menos un problema demoníaco que iba a tener que enfrentar y vencer, ¿cómo podemos nosotros afirmar, como tantas veces lo hemos hecho, de que no tenemos ningún problema de esa naturaleza ya que “los cristianos no pueden tener demonios”, según se nos ha enseñado erróneamente?

CASO #8
EL APOSTOL PABLO

A muchos cristianos les va a extrañar que se incluya al apóstol Pablo entre las personas que en alguna etapa de su vida fueron fuertemente influenciadas por espíritus malignos, ya que gran parte del pueblo evangélico lo ha colocado sobre un pedestal. Para muchos, Pablo es “intocable”, pues le guardan casi la misma veneración que los católicos tienen por Pedro.

A pesar de sus grandes méritos y logros, tenemos que estar dispuestos a reconocer que Pablo como ser humano también estaba sujeto a las tentaciones y pasiones que son comunes a todos los hombres (1 Corintios 10:13; Santiago 5:17). Por tanto, ruego a los lectores que mantengan su mente y corazón abiertos mientras examinamos algunas porciones bíblicas que nos llevan a la conclusión de que Pablo también fue afectado en lo más íntimo de su ser por espíritus malos.

"Y porque la grandeza de las revelaciones no me levante descomedidamente, me es dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera"
- 2 Corintios 12:7 -

Es innegable que Pablo además de ser apóstol era profeta. Como tal, tuvo grandes y a veces extrañas manifestaciones del Espíritu (tales como visiones y trances) que eran habituales en el ministerio profético. Por ejemplo, Pablo en Hechos 22:17-21 testifica de que al principio de su vida cristiana, orando en el templo de Jerusalem, *"fui arrebatado fuera de mí"* o "me sobrevino un éxtasis" (VR). Durante esta experiencia mística, Pablo vio al Señor Jesús que le dio instrucciones precisas y urgentes de que saliera de Jerusalem porque su vida estaba en peligro.

Pablo, como profeta, tenía la habilidad de salir de su cuerpo en espíritu a instancias del Espíritu Santo. Esta experiencia ocurrió en la vida de otros siervos de Dios, tanto del Antiguo como Nuevo Testamento, tales como Eliseo (2 Reyes 5:25-26), Ezequiel 8:1-3), Pedro (Hechos 10:10-17), y Juan (Apocalipsis 17:1-3; 21:9-10). Debido al hecho de que en el espiritismo suceden experiencias similares a éstas, llamadas "viajes astrales" o "desdoblamientos", que son ni más ni menos la imitación o falsificación de experiencias bíblicas genuinas, la iglesia actual tiende a rechazarlas por completo.

En 2 Corintios 12:1-9, Pablo describe una experiencia en que él fue *“arrebatado hasta el tercer cielo”* o *“al paraíso donde oyó palabras secretas que el hombre no puede decir”*. Esta vivencia fue tan real e impresionante, que Pablo no estaba seguro de que haya sido *“en el cuerpo, o fuera del cuerpo”*. Desafortunadamente, el que tiene este tipo de experiencias tiende a exaltarse descomedidamente. Pablo no era una excepción. Como él mismo lo confiesa, en él habían tendencias hacia el orgullo espiritual y, como dice el libro de Proverbios en el capítulo 16, versículo 18, *“antes de la caída* (es) *la altivez de espíritu”.*

Como medida preventiva, para evitar un fracaso en sui vida personal y ministerio, le fue dado “un aguijón en la carne, un mensajero de Satán” que lo abofeteara, para que no se enalteciera desmedidamente. Entre otras muchas cosas, el diccionario español define la palabra “aguijón” como: espina, puya, punzón, pica, acicate, en fin, un instrumento punzante usado para pinchar o perforar. Según Pablo este “aguijón” operaba <u>en</u> su “carne”.

La palabra “carne” en la Biblia puede referirse a tres asuntos diferentes:

(1) La materia o substancia que compone el cuerpo físico (Lucas 24:39; 1 Corintios 15:50);

(2) El ser humano o el género humano (Hechos 2:17; Mateo 24:22); y

(3) La naturaleza humana, corrupta y depravada (Romanos 8:5-8; Gálatas 5:16-17).

Es preciso examinar cuidadosamente el contexto de cada pasaje donde aparece la palabra “carne” para determinar correctamente a cuál de las tres interpretaciones se refiere el escritor. En el caso que nos ocupa, lo más seguro es que Pablo al hablar de “carne: se esté refiriendo a su cuerpo o a su naturaleza pecaminosa.

En 2 Corintios 11:29, Pablo dice: “¿Quién enferma, y yo no enfermo?” dando a entender que como humano él también era susceptible a la

enfermedad. Algunos estudiosos de la Palabra creen que Pablo sufría de una enfermedad crónica de la vista. Ellos especulan que Pablo sufría de los ojos, y que por eso usualmente no escribía sus propias epístola sino que utilizaba un amanuense o escribano que lo hiciese, limitándose él a firmarlas (Romanos 16:22; Gálatas 6:11; 1 Corintios 16:21; Colosenses 4:18; 2 Tesalonicenses 3:17). Dicen que por esa razón habían algunos en las iglesias de Galacia que estaban dispuestos a sacarse los ojos para dárselos, si fuese posible (Gálatas 4:15). Otros escritores han sugerido que Pablo tenía un impedimento del habla, que era gago o tartamudo (2 Corintios 10:10), y que por eso sus mensajes eran extensos y hasta tediosos (Hechos 20:7,11)

Todavía hay otros que sugieren que Pablo tenía un problema moral, una debilidad o propensión hacia cierto pecado de la carne, que lo obligaba a estar en constante estado de alerta para no caer en un pecado que destruiría la efectividad de su testimonio y ministerio. Algunos escritores, que representan el ala liberal de la iglesia cristiana, han insinuado que Pablo tenía tendencias homosexuales y que por eso nunca se había casado (1 Corintios 7:7-8).

No podemos asegurar cuál de estas interpretaciones sea la correcta, pero sí podemos estar ciertos que esa condición (haya sido una enfermedad física o una debilidad moral) era causada por *"un mensajero de Satanás"* que operaba <u>en</u> su carne. La palabra "mensajero" en el griego koiné, el idioma en que fue escrito el Nuevo Testamento, es "αγγελοσ", que puede ser traducido ángel o mensajero. El contexto determinará si se refiere a un ser espiritual o a un ser humano portador de un mensaje.

Muchos maestros de la Biblia han asegurado que este "mensajero de Satanás" era un grupo de judaizantes - judíos que se habían convertido a Cristo pero que no se habían despojado por entero de sus creencias y tradiciones judías y que, por lo tanto, exigían que los nuevos convertidos se circuncidaran y que guardaran la ley y el sábado - que seguían a Pablo por todas partes, contradiciendo sus enseñanzas y soliviantando los ánimos de los judíos para que rechazasen su ministerio.

Personalmente, estoy convencido que el “mensajero de Satanás” era un ángel al servicio de Satanás (Mateo 25:41; Apocalipsis 12:7). La gran mayoría de los teólogos cristianos creen que los ángeles (que según ellos se unieron a Lucifer en su rebelión contra Dios al principio de la creación) hoy son los demonios o espíritus inmundos que estamos llamados a combatir. Yo tiendo a pensar que los demonios y los ángeles caídos son seres espirituales diferentes, pero igualmente malévolos, que sirven a Satanás en su contínua oposición a Dios y a Su pueblo.

Este “mensajero de Satanás” que atacaba a Pablo, u operaba en él, lo *“abofeteaba”* (azotaba, golpeaba) cuando en él se manifestaba el orgullo, la soberbia y la altivez de espíritu debido a las revelaciones u operaciones de Dios en su vida. Dios, y no Satán, le había dado ese aguijón para librarlo de una caída segura que hubiera traído ruina y destrucción a su ministerio. Tres veces Pablo le rogó al Señor que removiera este estorbo o tropiezo, pero dios le dijo, *“Bástate mi gracia; porque mi potencia en la flaqueza se perfecciona.”*

Para muchos es incomprensible que Dios “envíe” espíritus malignos para disciplinar o castigar a Su pueblo, pero hay suficientes pruebas bíblicas para afirmar que ésto es cierto (Jueces 9:23; 1 Samuel 16:14; 18:10; 19:9; Proverbios 17:11). Es necesario reconocer que los demonios están bajo el dominio y control de Dios, y que nada hacen sin Su conocimiento y permiso. Para poder entender este principio bíblico, es necesario que lean cuidadosamente las historias de Job en Job capítulos 1 y 2 y del endemoniado gadareno en Marcos 5:9-13. En realidad, Satanás y sus demonios son muchas veces instrumentos que Dios usa para castigar a individuos, familias, pueblos y naciones enteras.

“He aquí, ligado yo en espíritu, voy a Jerusalem...”
- Hechos 20:22 -

Durante su tercera gira misionera, y después de haber ministrado con éxito en la ciudad de Éfeso (aquel gran centro religioso pagano conocido por el imponente templo de la diosa Diana, una de las siete maravillas del mundo antiguo). Pablo "propuso … en espíritu" volver a Jerusalem (Hechos 19:21) a pesar de que él sabía que el Señor lo quería llevar en dirección opuesta, a Roma y España (Romanos 1:13,15; 15:28). Sin consultar con nadie, Pablo emprendió el viaje, visitando en camino algunas iglesias que él había fundado en Macedonia y Acalla. Este acto de autodeterminación - manifestado por las palabras "determinado" y "propuesto" en Hechos 20:13,16 - demuestra que Pablo era una persona de un carácter fuerte y de una voluntad inflexible. Quizás tenía que serlo para poder soportar y vencer la oposición férrea del diablo y del hombre que enfrentó durante todo el transcurso de su largo ministerio.

Sintiendo un vivo deseo de estar en Jerusalem para la fiesta del Pentecostés, Pablo decidió no detenerse en Éfeso, sino que mandó llamar a los ancianos de la iglesia de esa ciudad para que se reunieran con él en un puerto cercano llamado Mileto. Durante este encuentro, Pablo cándidamente les confesó que "ligado … en espíritu" iba a Jerusalem, aunque en muchas ciudad el Espíritu Santo le había advertido que le esperaban tribulaciones (Hechos 20:22-23). Aquí nos debemos de detener por un momento para preguntarnos "qué" o "quién" estaba ligando a Pablo en su espíritu para que hiciera este viaje evidentemente por determinación e iniciativa propia. Sería el Espíritu Santo que lo estaba guiando? o sería un espíritu inmundo que lo estaba obsesionando con la idea de ir a Jerusalem pasase lo que pasase?

Al llegar al puerto de Tiro, Pablo se reunió durante siete días con un grupo de discípulos que, según Hechos 21:4, *"le decían que <u>no</u> subiese a Jerusalem."* Haciendo caso omiso a esta clara prohibición divina, siguió su camino rumbo a Jerusalem, demostrando con ellos que en él ya operaba algo que lo compelía, apremiaba u obligaba a ir. En toda honestidad debemos preguntarnos cuál sería el origen de esta conducta compulsiva. Si era el Espíritu Santo que lo impulsaba a hacer este viaje, como lo

aseguran casi todos los estudiosos de la Palabra, ¿por qué tanta advertencia y prohibición? ¿Acaso Dios se contradice?

Días más tarde Pablo llegó con sus acompañantes a Cesarea donde el Señor hace un último esfuerzo por detenerlo en su camino. Durante su estadía en casa de Felipe el evangelista (Hechos 21:8-14), llegó a verlo intempestivamente un hombre llamado Agabo, posiblemente el profeta más destacado de la iglesia del primer siglo. En una reunión de la iglesia local éste se ató de pies y de manos con el cinto de Pablo para anunciarle su próximo arresto en Jerusalem. Todos los presentes entendieron el mensaje y comenzaron a rogarle con insistencia que desistiera de su infortunado plan de subir a Jerusalem. Pero Pablo, empecinado en hacer lo que él creía (equivocadamente) que era la voluntad de Dios, decidió de todas maneras seguir adelante. Sus palabras en Hechos 21:13 podrían revelar que un espíritu de jactancia y suficiencia propia ya operaba en él.

Tan pronto llegó a Jerusalem, Pablo se presentó ante Jacobo, hermano de Jesús y primer anciano (equivalente a pastor) de la iglesia de esa localidad, quien mandó a reunir a los demás ancianos. Después de los saludos e informes correspondientes, los líderes de la iglesia le hicieron saber a Pablo de que había un "complot" contra él, ya que circulaba ampliamente la noticia de que él hacía que los judíos en todas partes abandonaran la circuncisión y otras prácticas de la ley (Hechos 21:21). Para apaciguar los ánimos caldeados de los judíos, Jacobo le propuso a Pablo que, juntamente con otros cuatro hermanos de la congregación, se rasurara la cabeza y se sometiera a un rito de purificación, que incluía ofrecer en el templo judío una ofrenda o sacrificio por cada uno de ellos.

Pablo aceptó ciegamente el consejo de Jacobo y los ancianos, con lo cual virtualmente regresó al judaísmo, convirtiéndose así en "transgresor" según sus propias palabras en Gálatas 2:18. Por no someterse al Espíritu Santo y a la autoridad legítima de sus compañeros de ministerio (tales como Felipe y Agabo) y de viaje (Lucas y Trófimo, entre otros), Pablo terminó sujetándose a la autoridad dudosa y discutible de Jacobo y los

ancianos, representantes de la facción más judaica o legalista de la Iglesia del primer siglo.

Al ingresar al templo, Pablo cayó en la trampa que seguramente Satanás le había tendido, pues allí fue descubierto por algunos de sus enemigos, quienes inmediatamente lo tomaron preso y lo comenzaron a herir a golpes. Si no hubiera sido por la intervención oportuna de un grupo de soldados romanos seguramente lo hubieran linchado. Metido en la cárcel y sometido a juicio, Pablo se sintió obligado a revelar que era ciudadano romano, lo cual naturalmente le daba ciertas prerrogativas.

Días más tarde, salió a luz una conjuración contra él, en la cual estaban envueltos más de cuarenta hombres que habían hecho juramento bajo maldición de que no comerían ni beberían hasta no matarlo (Hechos 23:12-22). Al saber ésto, Pablo, alarmado recurrió a las autoridades militares que lo tenían a su cargo, poniéndose directamente bajo la protección del Imperio Romano. ¿Dónde estaba aquella valentía y disposición de Pablo de sufrir y morir, si fuere necesario, por Cristo? (Hechos 21:13).

Durante aquel largo proceso, Pablo apeló al César (Hechos 25:11), lo cual complicó aún más su caso. Félix y Festo, gobernadores romanos de aquella provincia, afirmaron que él hubiera podido ser suelto si no se hubiera acogido a ese recurso legal (Hechos 25:25; 26:32). Como resultado, fue enviado preso a Roma, donde sólo pudo ministrar a algunas personas que acudían a la casa alquilada que le servía de prisión (Hechos 28:16-31). Su ministerio público virtualmente llegó a su fin. Aunque la tradición católica dice que Pablo fue liberado por un tiempo, volviendo a viajar y ministrar como antes lo había hecho, no tenemos ninguna prueba bíblica de que así haya sido.

Tenemos que reconocer que, a pesar de todo, la voluntad de Dios se cumplió en la vida del apóstol Pablo (Hechos 9:15), aunque también es evidente que el enemigo quiso impedirlo a toda costa, aprovechando la

tendencia tan marcada en Pablo hacia la obstinación (que muchas veces es igual a la rebelión).

Después de analizar e interpretar esta larga porción bíblica (Hechos capítulos 20 a 28), ¿podremos en toda justicia llegar a la conclusión de que aún grandes líderes, como Pablo y otros, pudieran ser afectados en su fuero interno por espíritus inmundos que tratarían de desvirtuar su llamado y ministerio? Si esto es cierto, ¿no creen que todos nosotros, aunque no seamos líderes, deberíamos mantenernos sobrios y alertas sabiendo que nuestro adversario, el diablo (1 Pedro 5:8), también pudiera atacarnos sutilmente con el propósito de engañarnos y así ganar terreno en nuestras vidas, atrasando o malogrando, aunque sea en parte, los propósitos de Dios para nosotros y, por ende, para la humanidad?

SECCION III

PRUEBAS TEXTUALES:
PASAJES BIBLICOS QUE COMPRUEBAN QUE UN CRISTIANO PUEDE ESTAR CONTAMINADO DE DEMONIOS

Ahora vamos a abordar cuidadosamente algunos pasajes bíblicos que a mi parecer ayudan a probar que un cristiano sí puede ser invadido y atado por espíritus inmundos. Ningún pasaje aislado es suficiente en sí mismo para establecer una postura doctrinal irrebatible. Hay que estudiar cada pasaje en relación con su contexto y con los demás textos que tratan del mismo asunto.

TEXTO #1

"Si … recibiereis otro espíritu del que habéis recibido"
- 2 Corintios 11:3,4 -

Corinto fue sin duda una de las iglesias donde el Espíritu Santo pudo manifestarse con mayor libertad en tiempos novotestamentarios. No obstante algunos serios problemas que estaban comenzando a aflorar en el seno de esa iglesia (rivalidades, inmoralidad, embriaguez, desviaciones doctrinales, etc.), el Espíritu Santo pudo obrar poderosamente en ella a través de los dones que Él mismo había impartido (1 Corintios 1:4-8).

Debido a la tendencia tan marcada hacia el misticismo que existía en la iglesia de Corinto, Pablo temía que fuera seducida por la serpiente, Satanás, como lo fue Eva al principio. La mujer se volvió presa fácil del diablo porque malinterpretó o tergiversó el mensaje de Dios para Adán (Génesis 3:1-6), prohibiéndole comer del árbol del bien y del mal. De esta manera Pablo estaba alertando a los Corintios que ellos también se podrían prestar al engaño por su falta de un conocimiento personal y profundo de la Palabra de Dios.

Satanás ya había implantado algunos de sus emisarios en la Iglesia del primer siglo - falsos apóstoles (2 Corintios 11:13), falsos profetas (1 Juan 4:1) y falsos maestros (2 Pedro 2:1) - cuya tarea principal era propagar falsas doctrinas (1 Timoteo 1:3) con el fin de trastornar la fe de los nuevos creyentes (2 Timoteo 2:18). Para alcanzar este objetivo tan infame, estos falsos ministros ofrecían *"otro Jesús"*, comunicaban *"otro espíritu"* y predicaban *"otro evangelio"*. Si se sometían ciegamente a la enseñanza y ministración de estos engañadores, no discerniendo el espíritu que operaba en ellos, los corintios corrían el grave peligro de desviarse de la verdad, pudiendo caer aun en la apostasía (1 Timoteo 4:1).

Es evidente que uno de los mayores riesgos que enfrentaban los miembros de la iglesia de Corinto era recibir “otro espíritu” enteramente diferente al que ya habían recibido. La Nueva Biblia Latinoamericana traduce este versículo de la siguiente manera:

“Cualquiera puede comunicarles un espíritu
diferente del que recibieron”

Aunque era obvio que los Corintios habían recibido el Espíritu Santo, todavía existía la posibilidad de que otros espíritu se infiltrara en ellos. Si esto ocurriera, los resultados serían funestos. Sus sentidos espirituales serían corrompidos, con lo cual terminarían apartándose de su sincera y fiel devoción a Cristo.

Hoy enfrentamos los mismos peligros que los creyentes del primer siglo, pues Satanás, usando una de sus tácticas favoritas, ha infiltrado las iglesias, aun aquellas que dicen ser “renovadas en el Espíritu” Ministros dotados de una personalidad carismática viajan por todo el mundo predicando un evangelio popular y transmitiendo (a través de la imposición de manos u otros métodos cuestionables) “otro espíritu”. Nos conviene hoy más que nunca ser precavidos y no dejar que cualquier persona, por espiritual que parezca, nos imponga, “de ligero las manos” (1 Timoteo 5:22) y nos comunique “otro espíritu” que pudiera provocarnos serios daños en nuestra doctrina, moral y salud física o mental.

TEXTO #2

“Ni deis lugar al diablo”
- Efesios 4:27 -

Este versículo, uno de los más cortos de la Biblia, contiene una orden determinante que el apóstol Pablo le impartió a los creyentes de la ciudad de Éfeso, para que no le cedieran lugar (“ocasión” u “oportunidad”, según otras versiones) posibilidad real o un peligro inminente de que el diablo hallara cabida entre ellos, dudo que Pablo les hubiera dado una orden semejante. La experiencia prueba que el enemigo va a ocupar cualquier territorio que le cedamos.

Cuando le damos rienda suelta a nuestra carne, el diablo encuentra un espacio propicio en que puede obrar libremente entre nosotros o en nosotros. En los versículos 25-26, 28-29 y 31 de Efesios 4 encontramos algunas obras de la carne que abren puerta franca al diablo para que entre y opere en nosotros: la mentira, la ira, el hurto, la obscenidad, la amargura, la maledicencia, etc. Cualquier pecado inconfeso, por insignificante que parezca, le otorga derechos al enemigo para que invada nuestro ser. de allí deriva la importancia de mantener nuestras cuentas al día con el Señor y con nuestro prójimo.

Un ejemplo de cómo opera este principio puede ser hallado en el versículo 26, donde Pablo, al hablar de la ira, hace una sabia recomendación: “ no dejéis que el sol se ponga sobre vuestro enojo”. Si durante el día hemos tenido un fuerte altercado con nuestro cónyuge u otra persona cercana a nosotros, no debemos acostarnos a dormir sin antes arreglar el asunto pendiente, ya que de noche, “durmiendo los hombres, vino el enemigo, y sembró la cizaña” (Mateo 13:25), y “la cizaña son los hijos del malo” (Mateo 13:38). Eso quiere decir que para evitar que el enemigo siembre en nosotros “cizaña” (demonios?), tenemos que saldar cuentas diariamente. Según Proverbios 22:24,25, la ira pone “lazo” a nuestra alma. Dejar que el pecado se vaya acumulando en nuestros corazones es un atentado contra nuestras vidas (Job 5:2).

A la carne se le llama *“cuerpo de pecado”* o *“cuerpo de esta muerte”* en los escritos del apóstol Pablo (en Romanos 6:6 y 7:24, respectivamente). Pablo compara la carne - nuestra naturaleza humana corrompida y depravada a causa del pecado - con un cuerpo muerto y putrefacto. El cadáver de un hombre o animal rápidamente atrae la atención de las aves de rapiña (águilas, halcones, lechuzas, buitres, etc.) que habitualmente se alimentan de carroña.

En la tipología bíblica, las aves del cielo mencionadas en la parábola del sembrador (Marcos 4:4-15; Lucas 8:5-12), representan a Satanás o a sus demonios. Jesucristo dijo que *“donde quiera que estuviera el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas”* (Mateo 24:28). Dándole a este pasaje una interpretación simbólica y no escatológica, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que donde está el “cuerpo muerto” (la carne) allí ciertamente se van a juntar las “águilas” (Satanás y los demonios).

En Génesis 15:5-18 encontramos una interesante historia que describe el momento preciso en que Jehová hizo pacto con su siervo Abraham. En preparación para este evento tan significativo en la vida del patriarca y de su simiente, Dios le ordenó a Abraham que preparara y sacrificara ciertos animales y aves para garantizar el cumplimiento del pacto. Ya era costumbre en Israel y demás países del Medio Oriente que las personas que iban a concertar un pacto de sangre, quizás el más serio y formal de todos, mataran ciertos animales y los colocaran frente a frente, dejando un pasillo o corredor para que los contrayentes del pacto pasaran en medio de ellos (Jeremías 34:18-20). De esa manera aceptaban que en caso de violar o quebrar el pacto merecerían sufrir la suerte de los animales inmolados, o sea la muerte misma.

La Escritura anterior también dice que mientras Abraham esperaba que Jehová se presentara al lugar indicado para concertar el pacto prometido, *“descendían aves sobre los cuerpos muertos”* de los animales y las aves, de tal modo que Abraham tenía que *“ojearlas”* o *“espantarlas”* (VR). Eso quiere decir que Abraham tenía que estar alerta para ahuyentar las aves de rapiña que intentaban devorar los animales sacrificados. Nosotros,

también tenemos que mantenernos en una actitud contínua de vigilancia, ya que nuestra carne (el cuerpo muerto) va a atraer la atención de las “aves” (los demonios) que revolotean en derredor nuestro buscando una oportunidad para infiltrar nuestras vidas.

TEXTO #3

“Los que se oponen… se zafen del lazo del diablo,
en que están cautivos a voluntad de él”
- 2 Timoteo 2:24-26 -

En algunas iglesias locales establecidas por el apóstol Pablo en el continente asiático y europeo ya comenzaban a surgir brotes de rebelión. Como ocurre con tanta frecuencia hoy, personas que se creían las más espirituales o las mejor preparadas intelectualmente se levantaban en rebeldía contra el pastor, oponiéndose a veces en forma pública a su autoridad y enseñanza. En esta porción bíblica, el apóstol instruye a su joven discípulo, Timoteo, de cómo enfrentar y resolver esta delicada situación.

El siervo de Dios no debe ignorar o tolerar una actitud semejante, ya que “un poco de levadura leuda toda la masa” (1 Corintios 5:6). La rebelión es una enfermedad contagiosa que tiene que ser enfrentada con mansedumbre pero igualmente con firmeza. Los rebeldes tienen que ser puestos en disciplina, siendo la corrección (vers. 25) el primer paso a tomar. Si no se someten y se arrepienten, quizás sea necesario aplicar una medida más fuerte, como es la de suspender, excomulgar o (en casos extremos) “entregar a Satanás” a los incriminados (1 Corintios 5:1-5; 1 Timoteo 1:20).

Según el versículo 26 de 2 Timoteo 2, los creyentes en rebeldía abierta en contra de sus líderes espirituales han sido enlazados, cautivados o esclavizados por el diablo. Por tanto, han perdido su libertad de actuar en

conformidad a la voluntad de Dios y están bajo una fuerte influencia u opresión demoniaca que los obliga a hacer la voluntad del diablo. Según algunas versiones recientes, necesitan “despertar”, “volver en sí” o “recuperar el buen sentido” lo que da a entender que no sólo su voluntad está aprisionada sino que aún su mente está controlada por el diablo.

Según 1 Samuel 15:23, la rebelión reviste la misma gravedad delante de Dios que la adivinación o hechicería. La rebeldía atrae demonios como un imán atrae metales. En Proverbios 17:11 encontramos que *“el rebelde no busca sino* (su propio) *mal”; y mensajero cruel será contra él enviado.”* La palabra mensajero en el hebreo es “mal-awk”, que en la mayoría de los casos es traducida ángel en el Antiguo Testamento. El mensajero cruel entonces es un ángel caído, cruel y despiadado, que se va a ensañar de la persona que cae en sus manos.

Un ejemplo típico de ésto es el rey Saúl, que en dos ocasiones diferentes desobedeció las órdenes que Dios le dio por labios de Su siervo Samuel (1 Samuel 13:13-14; 15:2-3). Como consecuencia de su rebelión, el Espíritu Santo se apartó de él y un espíritu malo de parte de Jehová lo tomó y comenzó a atormentarle (1 Samuel 16:14), a tal grado que con el tiempo Saúl desarrolló todos los síntomas de un maniático depresivo. Su fin fue trágico, ya que acabó suicidándose. En 1 Crónicas 10:13 dice:

“Así murió Saúl por su rebelión con que prevaricó contra Jehová, contra la palabra de Jehová, la cual no guardó; y porque consultó al phytón, preguntándole, y no consultó a Jehová: por esta causa le mató...”

También en Isaías 63:10 encontramos que con la rebelión hacemos “enojar” o “contristar” al Espíritu Santo, por lo cual se nos vuelve enemigo y, en vez de favorecernos como El quisiera, pelea contra nosotros. Según Santiago 4:4, hacernos amigos del mundo - evidente al adoptar sus modas, diversiones, estilos musicales, etc. - es un acto de rebelión contra

Dios, con el cual nos constituimos enemigos de Dios. El sistema imperante en el mundo está en manifiesta rebelión contra Dios (1 Juan 5:19), y al participar de él nos exponemos a Su ira.

No nos debe preocupar tener al diablo de enemigo, pues con la autoridad de Cristo lo podemos atar, resistir y vencer. Pero no debemos bajo ninguna circunstancia tener al Espíritu Santo de enemigo, pues siendo Dios no se va a sujetar a ninguno de nuestros caprichos. El más grande peligro que corremos al ser rebeldes es que el mismo Espíritu de Dios se levante contra nosotros y destruya la obra de nuestras manos (Eclesiastés 5:6). ¿Será por eso que muchos creyentes y ministros, por mucho que trabajen y luchen, nunca prosperan?

En Efesios 2:2-3 también leemos:

“En que en otro tiempo anduvisteis conforme a la condición de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia.”

De acuerdo con este versículo, las personas que siendo cristianas viven en oposición a la voluntad de Dios se les llama “hijos de desobediencia” o “hijos de rebelión” (Colosenses 3:5-6). Por vivir *“en los deseos de la carne, haciendo la voluntad de la carne”* , se han abierto a la manifestación de un espíritu en sus vidas llamado *“el príncipe de la potestad del aire”.* La desobediencia o la rebeldía le da derecho a esta potestad satánica a obrar en ellos.

Personas que están en rebelión en contra de Dios y de las autoridades constituidas por El, necesitan urgentemente arrepentirse para que puedan conocer la verdad (Juan 8:32) “y se zafen” o “escapen” del lazo o de la trampa del diablo en que están cautivos. Los rebeldes deben arrepentirse cuanto antes y someterse a una oración de liberación para que las

ataduras de su alama puedan ser rotas por el poder del Espíritu Santo y así puedan ser libres de los demonios que plagan su cuerpo y su alma.

TEXTO #4

“Lo que los Gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios: y no querría que vosotros fueseis partícipes con los demonios”
- 1 Corintios 10:20 -

La Biblia nos enseña que cuando participamos de la mesa del Señor - llamada por algunos Santa Cena y por otros Eucaristía - participamos del cuerpo y la sangre de Cristo. A través de estos elementos recibimos “bendición” (1 Corintios 10:16). Aunque no considero bíblica la doctrina católica de la transubstanciación (que al ser elevados y consagrados por el sacerdote, el pan y el vino se convierten literalmente en Su cuerpo y Su sangre), sí creo que algo real y substancial sucede cuando el ministro cristiano ora por los elementos y los bendice. En efecto, el pan y el vino son saturados con los beneficios de la obra expiatoria de Cristo en la cruz. En tal caso, la Santa Cena deja de ser únicamente un memorial (“la muerte del Señor anunciáis hasta que venga” 1 Corintios 11:26) y se convierte en una experiencia sublime cuando el creyente por el Espíritu participa de Cristo y de la redención. Al participar de la Cena del Señor en fe, el creyente puede recibir, entre otras cosas, salud para su cuerpo físico. En más de 40 años de ministerio he visto cómo muchas personas son sanadas, milagrosa e instantáneamente, como resultado de su participación en la mesa del Señor.

De igual manera, cuando el creyente en desobediencia a Dios participa de lo sacrificado a los ídolos recibe “maldición”, porque participa de los demonios que habitan en esos ídolos (Levítico 17:7; Deuteronomio 32:17; Salmo 106:36-37; Apocalipsis 9:20). Comer carnes o viandas sacrificadas

a los ídolos trae una “contaminación” espiritual (Hechos 15:20; 1 Corintios 8:7; Ezequiel 20:7, 18; 22:3,4; 37:23).

Conforme a Hechos 15:1-29, durante el primer concilio de la Iglesia celebrado en Jerusalem, los apóstoles y ancianos presentes tuvieron que abordar este tema, ya que muchos creyentes estaban siendo seriamente afectados por comer este tipo de carnes. Según la historia eclesiástica, muchos antiguos templos paganos habían abierto carnicerías donde vendían a precio reducido las carnes que sobraban de los sacrificios a sus dioses. Los creyentes, en su mayoría pobres, aprovechaban la oportunidad de comprar “carnes de primera” a precio de ganga, sin saber que esas mismas carnes estaban contaminadas por los espíritus inmundos que habitaban en los ídolos. Al comer esas carnes literalmente “comían demonios.”

Después de larga deliberación, los participantes en el concilio de Jerusalem, bajo la guianza del Espíritu Santo (vers. 28), emitieron un decreto - todavía vigente! - ordenándole a los creyentes, no sólo judíos sino gentiles, que se abstuvieran *“de cosas sacrificadas a los ídolos, y de sangre, y de ahogado, y de fornicación”* (vers. 29). Por medio de estas cuatro cosas, aún hoy en día el ser humano puede ser infectado no sólo de microbios, virus y bacterias, sino de demonios.

Para evitar un contagio espiritual a través de los alimentos, es recomendable que antes de consumirlos, los santifiquemos con la oración y la acción de gracias (1 Timoteo 4:4,5), y cuanto más cuando son de procedencia dudosa o desconocida. Esto es especialmente cierto cuando somos invitados a comer en un restaurante de comidas exóticas o en una casa de personas inconversas que pudieran estar envueltas en el ocultismo. Usando de nuestra autoridad en Cristo, podemos romper cualquier maleficio que esos alimentos tuviesen.

Por medio de la fornicación (que en el sentido genérico de la palabra es todo acto sexual antes o fuera del matrimonio, incluyendo el adulterio, el homosexualismo, el bestialismo, etc.) no sólo se pueden transmitir

enfermedades venéreas, tales como la gonorrea, el herpes genital, la sífilis y aun el SIDA, sino también espíritus malignos que van a afectar no sólo la salud y la moral, sino también la vida espiritual del hombre. Las relaciones sexuales ilícitas o aberrantes son uno de los medios más fáciles y comunes de transferencia de demonios. La Biblia dice que *"el que fornica, contra su propio cuerpo peca"* (1 Corintios 6:18) y recibirá en sí mismo *"la recompensa que convino a su extravío"* (Romanos 1:27).

Cuando el concilio ordenó que se abstuvieran "de sangre", no sólo se refería a la sangre de animales - que algunos pueblos beben cuando destazan sus animales o consumen en forma de morcilla o moronga (salchicha rellena de sangre cocida) - sino a todo tipo de sangre, incluyendo la humana. Las transfusiones de sangre también pueden ser medios de contagio directo, ya que está probado científicamente que a las venas se pueden transmitir enfermedades incurables y aun mortales, como la anemia perniciosa, la leucemia, la hepatitis B y el SIDA, que en muchos casos son provocadas por espíritus malignos.

Es innegable que la desobediencia a ciertas leyes divinas, tanto las del Antiguo Testamento como las del Nuevo, puede abrirnos a una contaminación de demonios que va a afectar seriamente todos los aspectos de nuestra vida personal, tanto natural como espiritual. Esas leyes fueron dadas por Dios para nuestra protección y al violarlas nos exponemos a graves peligros que provienen del mundo espiritual de maldad.

TEXTO #5

"El tal sea entregado a Satanás para muerte de la carne, porque el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús"
- 1 Corintios 5:5 -

Un miembro de la iglesia de Corinto había entablado una relación sexual ilícita con la mujer de su padre, eso es, con su madrastra. Una relación de esa naturaleza estaba terminantemente prohibida en la Palabra de Dios (Levítico 18:8; Deuteronomio 22:30). Esta grave falta, llamada hoy incesto, es un acto de desobediencia a la ley de Dios que siempre acarrea maldición (Deuteronomio 27:20).

A pesar de que el pecado de este hombre había trascendido, la iglesia no había tomado ninguna medida disciplinaria contra él. Había una actitud de tolerancia excesiva, que Pablo no vaciló en condenar. El apóstol bajo dirección del Espíritu Santo, le ordenó a la iglesia que se reuniera con la autoridad de Jesucristo para aplicar una disciplina adecuada. Debido a la gravedad del caso, Pablo propuso que al hombre lo entregaran sin lástima a Satanás *"para muerte de la carne",* con tal de que su espíritu fuera salvo en el día del Señor.

Aunque no sabemos realmente qué sucedió en el mundo espiritual cuando la iglesia lo entregó legalmente al diablo, podemos suponer que su cuerpo fue invadido por espíritus malos que le provocaron trastornos de salud que lo hubieran podido llevar prematuramente al sepulcro. El propósito de este sufrimiento era hacerlo reflexionar y enmendar su conducta. A no dudar el hombre se arrepintió, porque la mayoría de los expositores bíblicos concuerdan en afirmar que en 2 Corintios 2:1-11 Pablo se está refiriendo a él, al ordenarle a la iglesia que confirmasen su amor a determinada persona, brindándole perdón y consuelo. Si no lo hubieran hecho, la iglesia sería a la postre la más perjudicada, pues Satanás hubiera aprovechado la oportunidad para engañarla y obtener alguna ventaja sobre ella.

Esta no fue la única vez que Pablo tomó la iniciativa para entregar a ciertas personas a Satanás, pues en 1 Timoteo 1:19-20 hizo lo mismo con Himeneo (que se había *"descaminado de la verdad"* predicando una doctrina falsa en relación a la resurrección de los muertos, 2 Timoteo 2:17-18) y Alejandro (el calderero o el herrero, que le había ocasionado muchos males, 2 Timoteo 4:14). Estos dos hombres habían blasfemado y por lo tanto merecían un severo castigo, como el que Pablo les aplicó.

TEXTO #6

"Así también nosotros, cuando éramos niños
éramos siervos bajo los rudimentos del mundo"
- Gálatas 4:3 -

Aunque este pasaje bíblico no describe a simple vista la posible operación de espíritus inmundos en la vida de los creyentes en Cristo, he llegado a la convicción - después de haber consultado numerosas versiones de la Biblia, tanto en el español como en el inglés - que el autor de la epístola hace alusión a ella al decir que el "niño" espiritual (el creyente carnal, según 1 Corintios 3:1-3, Hebreos 5:12-14 y 1 Pedro 2:1-2) es un siervo o esclavo bajo los rudimentos del mundo.

Este versículo ha sido traducido en otras versiones de la siguiente manera:

"Durante nuestra niñez, estábamos por decirlo así, sometidos a los poderes que dominan este mundo"
(Dios llega al hombre).

"Éramos niños y andábamos como esclavos, sometidos a las fuerzas y a los principios que dirigen el mundo"
(Nueva Biblia Latinoamericana)

“Cuando éramos niños, estábamos reducidos a esclavos bajo los elementos del mundo”
(Versión Ecuménica, Comunidad Taizé)

En algunas de las mejores versiones en el inglés la traducción es aún más sugerente:

“Fuimos esclavos de los espíritus elementales del universo”
(Revised Standard Version y New English Bible)

“Éramos esclavos de los espíritus gobernantes del universo, antes de que alcanzásemos la madurez espiritual”
(Good News to Modern Man).

Todas estas versiones nos hacen comprender que en la vida del creyente carnal operan ciertas “fuerzas” o “poderes” que lo quieren mantener en un estado de infantilismo espiritual. Estos espíritus atrofian su desarrollo espiritual. Son como los parásitos en el aparato digestivo del niño que devoran las substancias alimenticias e impiden que crezca normalmente. En algunos de los seminarios de liberación en que he participado he llamado a los demonios “garrapatas” o “sanguijuelas” espirituales, pues estos insectos chupan la sangre de los animales e impiden que engorden. De la misma manera, los demonios tienden a “chupar” la savia espiritual de sus “anfitriones”, estorbando su maduración a la imagen de Cristo.

Satanás sabe que mientras logre mantener al creyente en la puerilidad espiritual, nunca va a entrar a poseer la herencia a que tiene derecho por ser “simiente de Abraham” (Gálatas 3:29) o “hijo de Dios” (Gálatas 4:7). Pero una vez liberado de los “parásitos” espirituales que agobian su ser, el creyente puede crecer hasta alcanzar la estatura del varón perfecto (Efesios 4:13) y de esa manera heredar o poseer todas las cosas que Dios ha provisto para Su pueblo (Romanos 8:32; 1 Corintios 3:21; 2 Pedro 1:3)

TEXTO #7

“Oponiéndose y levantándose contra todo lo que se llama Dios, o que se adora; tanto que se asiente en el templo de Dios, como Dios, haciéndose parecer Dios”
- 2 Tesalonicenses 2:4 -

Muchos estudiosos de la Palabra - y en particular los especialistas en temas proféticos - creen que esta conocida porción bíblica hace referencia directa a un tétrico personaje que aparecerá en la escena política mundial en los días que preceden a la segunda venida de Cristo. Según ellos, este individuo (conocido popularmente como el Anticristo) se presentará como el benefactor y protector del pueblo de Israel, con quien hará un pacto (Daniel 9:27) que, después de tres años y medio de relativa paz, romperá. De inmediato, profanará el templo de Dios reconstruido en Jerusalem, exigiendo que los judíos y los habitantes del mundo entero le rindan adoración como Dios. Este acto constituirá lo que la Biblia llama “la abominación del asolamiento” (Daniel 11:31; 12:11; Mateo 24:15) y marcará el inicio de los últimos tres años y medio de la Gran Tribulación. Sólo con el tiempo sabremos si esta teoría, aceptada incondicionalmente por quizás un 90% del pueblo cristiano, es cierta o no.

Dejando a un lado los aspectos escatológicos de este pasaje, conviene que efectuemos un cuidadoso estudio del término “templo de Dios” en el Nuevo Testamento. Al hacerlo, no tardaremos en descubrir que los autores del Nuevo Testamento, y en especial el apóstol Pablo, llaman “templo de Dios” al creyente (en el sentido individual) y a la Iglesia (en el sentido colectivo). En 1 Corintios 6:19 Pablo dice:

“O ignoráis que vuestro cuerpo es ***templo*** *del Espíritu Santo, el cual está en vosotros …”*

En 1 Corintios 3:16, 17, el apóstol pregunta:

*“No sabéis que sois **templo** de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”*

En 2 Corintios 6:16, refiriéndose a la iglesia local, él dice además:

*“... porque vosotros sois el **templo** del Dios viviente …”*

Pablo también asevera en Efesios 2:20-22 que la Iglesia universal es el templo de Dios al declarar:

*“Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo... (la iglesia) va creciendo para ser un **templo** santo en el Señor … para morada de Dios en Espíritu.”*

El mismo Señor Jesucristo al hablar en Juan 2:19-21 del “templo” se refería figurativamente al “templo de su cuerpo”. Todos sabemos según la Escritura que El no sólo tiene un cuerpo físico - con el cual está sentado en el cielo a la diestra de Dios (1 Timoteo 2:4) - sino también un cuerpo místico, que es Su iglesia (1 Corintios 12:12,27; Efesios 1:22,23; Colosenses 1:24), tanto militante como triunfante.

Esteban, el mártir, declaró ante el Sanedrín que “el Altísimo no habita en templos hechos de mano” (Hechos 7:48). El Apóstol Pablo, durante su famoso discurso en el Areópago, también dijo que Dios “no habita en templos hechos de manos” (Hechos 17:24), lo cual nos obligaría a descartar la idea de que el mismo Pablo en 2 Tesalonicenses 2:4 se esté refiriendo a un templo reedificado por la nación judía en Jerusalem en los días que antecedan al Día del Señor. Hoy es discutible que tal templo haya de ser construido antes de la venida de Cristo, pues carecemos de suficientes pruebas bíblicas para asegurarlo. Algunos expertos en profecía

enseñan que será hasta después de la venida de Cristo que el templo finalmente será erigido en Jerusalem como un gran centro universal de adoración.

Si el "templo de Dios" que Pablo menciona en 2 Tesalonicenses 2:4 es el creyente y la iglesia local o universal, como lo indican los pasajes anteriores, entonces nos veríamos obligados a admitir que el templo puede ser - y va a ser! - invadido, allanado, violado o profanado (1 Corintios 3:17) por un personaje llamado "el hijo de perdición". Al describir en este mismo libro los casos novotestamentarios de personas que fueron tomadas por demonios, dijimos que Jesucristo llamó a Judas *"el hijo de perdición"* (Juan 17:12), e indicó que él era el "diablo" mismo (Juan 6:70). No sería extraño entonces que "el hijo de perdición" sea un personaje espiritual que se manifestó en Judas durante el primer siglo y que en los fines de los tiempos nuevamente se manifestará en la Iglesia.

Este Espíritu, según Pablo en 2 Tesalonicenses 2:4, se caracteriza por su rebelión u obstinación ("oponiéndose") y orgullo o exaltación propia ("levantándose"). Ya sentado en el "templo" imita o falsifica la presencia de Dios en la iglesia ("haciéndose parecer Dios") y demanda culto. No podemos negar que esto ya está sucediendo en la Iglesia contemporánea (aunque todavía en forma limitada), pues en numerosas congregaciones alrededor del mundo ya está operando un espíritu de rebeldía o anarquía. Es evidente que en muchas de ellas no hay respeto ni sometimiento a la autoridad que Dios ha establecido en Su Iglesia.

Con inusitada frecuencia están apareciendo en medio del pueblo de Dios falsos ministerios, y especialmente personas que "dicen ser" apóstoles (Apocalipsis 2:2) y profetas demuestran ser unos impostores. En muchos iglesias están sucediendo manifestaciones espúreas o extrañas, que no tienen ningún precedente o respaldo bíblico. Por doquier se escuchan profecías falsas, que frecuentemente desvían a tantos creyentes ignorantes e ingenuos del camino de la verdad y de la santidad.

Durante los años de su ministerio público, Jesucristo tuvo que limpiar el templo de Dios en Jerusalem en dos ocasiones diferentes. Al principio de su ministerio, El encontró al templo convertido en una *“casa de mercado”* (Juan 2:16). Con látigo en mano, El echó fuera a todos los vendedores de animales y cambiadores de moneda. Sin embargo, tres años más tarde, los mismos mercaderes habían retornado y habían transformado el templo en una *“cueva de ladrones”* (Lucas 19:45,46), ilustrando lo que Cristo dijo que, al volver los demonios, la condición postrera del hombre sería peor que la primera (Mateo 12:43-45). Nuevamente tuvo que “echar fuera” a los intrusos, demostrando con ellos que por no vivir en estricta obediencia a la Palabra de Dios, el creyente puede ser reinfestado de demonios (Gálatas 5:1) y que , por lo tanto, necesitaría arrepentirse y someterse nuevamente a oración para ser liberado de ellos.

TEXTO #8

“Pensáis que la Escritura dice sin causa: El espíritu que mora en nosotros codicia para envidia”
- Santiago 4:5 -

Este texto puede despertar controversia, porque los traductores de la versión revisada de 1960, la más popular y difundida en el mundo hispano, se tomaron su libertad de ponerle mayúscula a la palabra “espíritu”, con lo cual el pasaje en mención deja de referirse a un espíritu (seguramente demoniaco) para referirse al Espíritu Santo. En el griego no existen mayúsculas; por lo tanto, el uso de mayúsculas es asunto de interpretación, que pudiera reflejar las preferencias o prejuicios de los traductores. La palabra “mora” en el versículo anterior es derivada del verbo griego κατῴκήσεν que significa “establecer residencia”. Por tanto, la traducción literal del pasaje en cuestión sería: “¿O pensáis que en vano la Escritura dice: Hacia envidia tiende el espíritu que estableció su residencia en nosotros?”

Recuerdo que cuando me preparaba para el ministerio a principios de la década de los 50 en un instituto bíblico de California, escuché de parte de uno de mis profesores de Biblia que el libro de Santiago no menciona para nada al Espíritu Santo. Si eso es cierto, entonces los traductores de la versión de 1960 cometieron un grave error al colocarle la mayúscula a la palabra "espíritu" en el versículo bajo consideración.

Este versículo sólo puede ser interpretado correctamente estudiándolo a la luz de su contexto. Todo el pasaje (que comienza en el capítulo 3:15 y termina en el 4:7) habla principalmente de algunas manifestaciones de la carne, tales como la envidia, la amargura, la contienda, la codicia, la concupiscencia, la amistad con el mundo, la soberbia, etc. Pablo afirma que esta *"sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal* (carnal), *diabólica"* Detrás de la codicia y envidia y demás obras de la carne operan espíritus demoniacos, que aprovechando la ocasión crean un ambiente de perturbación, desorden y pugna en nuestras vidas personales, hogares e iglesias.

A muchos les agrada la segunda parte de Santiago 4:7 que a la letra dice: *"Resistid al diablo, y de vosotros huirá."* Resistir es un término militar, usado también en Efesios 6:12-13 y 1 Pedro 5:8-9 para referirse a nuestra lucha contra el diablo y sus huestes demoniacas. Nuestra efectividad en la lucha espiritual en contra de los espíritus que pudieran estar operando dentro o fuera de nosotros depende enteramente de lo que dice la primera parte del mismo versículo, "Someteos pues a Dios..." Para mantenerse en victoria, el creyente tiene que someterse continuamente a la voluntad de Dios, porque de otra manera los principados y los demonios van a rehusar someterse a nosotros. Nuestra autoridad sobre Satán y su reino depende de que vivamos en sujeción a Dios y a su autoridad delegada en la iglesia y en la humanidad.

UNA PALABRA FINAL

Espero que el análisis de estos versículos y pasajes bíblicos lo hayan convencido que un cristiano, aunque regenerado y bautizado en el Espíritu Santo, pudiera estar afectado, contaminado, oprimido, infectado u atado desde adentro por espíritus malos, y que, por lo tanto, necesita someterse a una oración intensa de liberación, preferiblemente a manos de una persona que Dios haya ungido y capacitado para tan delicado ministerio.

Ahora que cumplo 35 años de participar continuamente en este ministerio, estoy más convencido que nunca que la liberación es para cristianos y no para inconversos. La Biblia llama la liberación "el pan de los hijos" (Mateo 15:26) y en realidad únicamente los hijos de Dios tienen derecho a recibirla. No es de extrañar entonces que en la oración modelo - "el Padre Nuestro" - el Señor Jesús les haya aconsejado a Sus discípulos que entre otras peticiones orasen pidiendo al Padre celestial que los librase (o liberase) del malo (Lucas 11:4).

A las personas que sin ser cristianas han acudido a nosotros en busca de liberación, siempre les hemos exhortado que se conviertan primero a Cristo para optar a la liberación. Si rehúsan hacerlo, nosotros también rehusamos orar por ellas, pues hemos descubierto que difícilmente pueden recibir liberación y si la reciben la pierden casi inmediatamente, ya que Satanás reclama el derecho legal de estar en ellas por ser parte de su familia (Mateo 12:43-45). Al liberarlas, no les estaríamos haciendo un favor, pues al volver los demonios, acompañados y reforzados por otros, su condición postrera será peor que la primera (2 Pedro 2:20-22).

Antes de lograr que su hija *"malamente atormentada del demonio"* fuera liberada y sanada, la mujer sirofenicia tuvo que confesar a Jesús como *"Señor"* (Mateo 15:21-29). La Escritura dice que todo aquel que invoca el nombre del Señor será salvo o liberado (Joel 2:32; Romanos 10:13) También afirma que "nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por Espíritu

Santo" (1 Corintios 12:3). Evidentemente el Espíritu Santo ya estaba obrando en ella para beneficio propio y también de su hija enferma.
El endemoniado gadareno, antes de ser liberado, clamó a gran voz: "Jesús, Hijo del Dios Altísimo" (Marcos 5:7), con lo cual estaba cumpliendo la condición establecida en Juan 20:31 y Juan 4:15 de que al creer (y confesar) que Jesús es el Hijo de Dios, se recibe la vida eterna. A no dudar, en el momento que él se postró delante de Jesús en humillación y adoración, algo maravilloso sucedió en él que lo preparó para experimentar la liberación y transformación de su vida.

Hoy estoy más persuadido que nunca de que en estos últimos tiempos, el ministerio de liberación es indispensable para la supervivencia del pueblo de Dios y en su preparación para la segunda venida del Señor Jesucristo. El prometió venir por una Iglesia santa (Efesios 5:27) e irreprensible (1 Tesalonicenses 3:13; Judas 24), y, aunque es evidente que la Iglesia actual no está todavía lista para recibirle, podemos estar seguros que Dios va hacer todo lo que sea necesario para prepararla para ese evento tan glorioso (Daniel 12:1). El ministerio de liberación, que apenas comenzó a ser restaurado a la Iglesia hace aproximadamente 40 años, es un paso más en la renovación y preparación de la Iglesia para la venida del Señor Jesús.

La Escritura dice que todo aquel "que tiene esta esperanza en El, se purifica, como Él también es limpio" (1 Juan 3:3). Nuestro deber como cristianos es limpiarnos *"de toda inmundicia de carne y espíritu, perfeccionando la santificación en el temor de Dios"* (2 Corintios 7:1). Como parte de ese proceso necesitamos ser liberados de toda contaminación "de carne y espíritu" provocada por los espíritus inmundos que pudieren estar operando en nuestro ser. Y cuanto más pronto lo hagamos, mejor, porque no sabemos el día ni la hora en que Él ha de venir (Marcos 13:32). Si después de examinar sus vidas personales ustedes llegan a la convicción de que hay una fuerte opresión en sus vidas u hogares causada por demonios o por hechizos arrojados sobre ustedes y sus familiares, no vacilen en buscar una ayuda eficaz.

A los pastores que han vacilado, y quizás temido involucrarse en el ministerio de liberación, los animo a que lo hagan. Sus iglesias lo necesita desesperadamente. Entre los miembros y asistentes a sus iglesias hay muchos que están seriamente afectados por maldiciones ancestrales, embrujos, demonios, enfermedades de origen demoniaco, etc. que no pueden ser ayudados en forma efectiva y permanente sino por medio de este ministerio. La consejería y terapia, en base a la psicología moderna, no pueden liberar a los cautivos; sólo Cristo, en base a Su obra expiatoria en la cruz del Calvario, lo puede hacer.

La liberación no es un don especial recibido por unas pocas personas privilegiadas, sino un deber y un privilegio de todos los creyentes. El Señor Jesús declaró en la Gran Comisión: “Estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios...” (Marcos 16:17). Por lo tanto, levántense en el poder del Espíritu Santo y enfrenten con valentía al enemigo de Dios y de Su pueblo. Usen de la autoridad que Dios les ha dado en Cristo Jesús para reprender, atar y desalojar a Satán de los lugares que por usurpación ha ocupado. Apliquen en fe los beneficios de la redención y se asombrarán al ver lo que Dios por Su Espíritu hará en sus vidas, hogares, iglesias y comunidades.



Norman Parish es un veterano misionero con más de 45 años de ministerio fructífero en Centro y Sur América. El está asociado con la **Cruzada Misionera Continental**, una organización misionera internacional de fe, que labora para Cristo en 14 naciones del continente americano.

Por más de 60 años la **CMC** ha organizado cruzadas evangelísticas, ha entrenado a pastores calificados y ha establecido iglesias en ciudades y áreas rurales, satisfaciendo así las necesidades espirituales de la humanidad.

Te invitamos a que te unas con nosotros en nuestro esfuerzo por alcanzar y ganar multitudes para Cristo en la América Latina en esta generación terminal.



CRUZADA MISIONERA CONTINENTAL

Dirección en la América Latina:
Apdo. Postal #2, 01901 Guatemala, C.A.
Tel. (502) 221-3308 • Fax (502) 221-3311
E-mail: parishcmc@c.net.gt

Dirección en los Estados Unidos:
P. O. Box 670
Webb City, MO 64870
Fax (417) 781-1696

Dirección en el Canada:
RPO Parkdale - P.O. Box 28066
Waterloo, Ont. N2L 6J8
Tel/Fax (519) 579-1473